



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
DEPARTAMENTO DE LITERATURA

TRILOGÍA DE CHIVOS EXPIATORIOS PARA “EL DESIERTO”  
DE CARLOS FRANZ: UNA MIRADA A LA DICTADURA,  
TRANSICIÓN Y SU POSTERIDAD.

Informe final de seminario para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura  
Hispánicas, mención Literatura.

Alumna:  
Tamara Cecilia Cáceres Vidal

Profesor guía:  
Dr. Cristián Montes

Seminario de grado:  
El tema de la violencia en la literatura chilena del siglo XX

Santiago-Chile  
2010

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi profesor guía, el Dr. Cristián Montes, por dictar el seminario, revisar con minuciosidad cada uno de los párrafos del presente informe y, también, por su comprensión.

A la profesora María Isabel Flisfisch por confiar en mí, durante dos años, para colaborar en el área de latín y, además, por sus consejos y su apoyo constante.

A mi madre, por permitirme estudiar, por creer en mí y recordarme en los momentos difíciles mis capacidades. A mi hermana por escuchar mis lamentos, y a usted tía, por tantos desvelos.

A mi gran familia, por ayudar a lograr mi sueño. Carmen e Ismael, espero estén orgullosos de mí.

A Víctor, por acompañarme estos cuatro años, sobre todo cuando creí que no podría continuar. Además, por comprender pacientemente mi amor y dedicación por la literatura.

A todos, mis más sinceros agradecimientos.

Tamara Cáceres Vidal

## ÍNDICE

•	Introducción	5
•	Marco teórico	9
	1. Violencia y humanidad	9
	1.1 Vínculos sociales	9
	1.2 El sacrificio	14
	2. ¿Reconciliación u olvido?	18
	2.1. Transición pactada	19
	2.2 Narrativa Chilena en postdictadura	23
	2.2.1 Generación post golpe o Nueva narrativa	25
•	Análisis	28
	1. La carta-testimonio	28
	2. Primer sacrificio	32
	3. Segundo sacrificio	36
	4. Tercer sacrificio	39
•	Conclusiones	46
•	Referencias bibliográficas	50

*“No es lo mismo el olvido en el sentido de desconocimiento del pasado,  
que el olvido en el sentido de no dar importancia al pasado.  
En el primer caso el olvido es ignorancia y, en el segundo, injusticia”*

(Reyes. 2006. *Medianoche en la historia: comentarios a las tesis de Walter Benjamín*  
“Sobre el concepto de historia”. Madrid: Trotta, p. 13)

## INTRODUCCIÓN

La violencia, sin lugar a dudas, ha sido una temática inherente al surgimiento y evolución del ser humano, por lo tanto resultaría absurdo negar su presencia en una de sus máximas creaciones: la literatura. En este contexto, el presente análisis sobre la novela *El desierto* de Carlos Franz responde a un seminario de grado abocado a problematizar la violencia y sus manifestaciones en la literatura chilena del siglo XX. Con el objeto de establecer una definición y marco adecuado para este “uso recurrente de actos agresivos como modo de resolver conflictos”, se hará referencia al estudio de María Pacheco *El fenómeno de la violencia y sus disfraces*, el cual será fundamental para delimitar la innegable presencia de este concepto en la formación de la civilización, pues esta última constituye la negación y control de la violencia.

Si en esencia, ésta no es ajena a la humanidad y por ende, tampoco a Chile, cabe señalar que tales expresiones se intensifican en períodos donde se atenta contra la integridad del otro, es decir, se agudizan en tiempos de dictadura, donde se transgrede el orden y estabilidad que determinan a un colectivo. De ahí que una de sus consecuencias inmediatas sea la crisis de la comunidad.

Frente a la proliferación narrativa en torno al mandato militar y su cuestionable forma de detentar el poder, mi pretensión radica en evocar tal momento histórico y posteriormente el tránsito abrupto a una democracia cercenada por 17 años, desde la perspectiva del retorno, el reencuentro y la activación de los recuerdos dormidos de una patria sin ley. Es decir, un discurso vinculado a aquellas voces ausentes de un país quebrantado por la violencia, huéspedes de naciones extranjeras, quienes a diferencia de sus coetáneos residentes en Chile no se enfrentaron, al menos por obligación, al silencio impuesto por la represión y censura. Con el afán de indagar en la producción literaria en torno al gobierno militar, pero desde una óptica distante, se recurrirá a *Literatura chilena hoy*, una recopilación de ensayos, donde varios de ellos caracterizan el escenario narrativo de la novela postdictatorial en Chile.

En este marco, se encuentra la generación ‘del 73’ conocida tradicionalmente como “Nueva Narrativa”, cuyo elemento común corresponde al sentimiento de orfandad

característico de una sociedad repleta de huérfanos, donde la dictadura ha generado la pérdida del pater (padre), esto es, la patria. Sus relatos, están tamizados por el socavamiento de una ilusión, ya sea del proyecto político desarticulado por un golpe brutal (literalmente) o simplemente, de sus propias vidas y creaciones literarias. Con la intención de situar a uno de los autores de ésta generación, Carlos Franz, en un corpus de novelas cuyas temáticas centrales son la memoria, la violencia, el duelo y la injusticia, entre otros, se utilizará la obra de Idelber Avelar *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*.

Dentro de este panorama literario se encuentra *El desierto* de Carlos Franz, publicada en el año 2005, protagonizada por una jueza exiliada que regresa al nuevo país democrático, desvinculada de sus anhelos de justicia de antaño, pues tras la experiencia de dictadura, donde su poder civil fue anulado y burlado por el tribunal militar, lamentablemente vislumbra en el período de transición sólo una justicia de lo posible, donde tanto la tortura como el sacrificio no formará parte de un expediente, sino más bien de los recuerdos o viejos papeles de su ex esposo-periodista en un pueblo desértico.

La propuesta literaria desplegada por Franz se enlaza perfectamente a la línea interpretativa y crítica del seminario, pues en esta novela la violencia se constituye en un eje dominador, en tanto no sólo se materializa en las ejecuciones, vejaciones sexuales e injusticias por parte del representante del régimen en la ciudad, sino también en la repercusión que tiene en las relaciones sociales de una comunidad, transformándolas y desarticulándolas. Particularmente, este último aspecto se plasma en el síndrome de Estocolmo (entre torturador y víctima), el enmudecimiento de los atormentados, y fundamentalmente, en la necesidad del sacrificio de un inocente como forma de expiación de un grupo mayor.

*El desierto* contiene un cúmulo de temáticas inmanentes al régimen militar, las cuales abarcan la tortura, las ejecuciones, la injusticia, pero además, lo indecible y el silencio que provocan tales horrores, ante lo cual la escritura se plantea como una forma de memoria.

En una primera mirada, la elección de esta novela descansa en el deseo de divulgar su riqueza literaria, pero también las perspectivas de reflexión de un autor, quien aun cuando no fue exiliado, necesita hasta el día de hoy de una distancia geográfica y temporal para ficcionalizar en torno a los acontecimientos acaecidos en el año 1973. Por otra parte, el conjunto de temáticas vinculadas a la violencia y, por ende, las posibles perspectivas interpretativas desprendidas a partir de *El desierto*, me motiva al desafío de analizar en esta novela reciente de Franz el rito del sacrificio, el cual permite abordar no sólo a los personajes sino además a la comunidad en que se circunscriben.

Para tal despliegue se utilizará, medularmente, el estudio antropológico literario de René Girard *La violencia y lo sagrado* y *El chivo expiatorio*, y además su re-lectura a través de Camilo García. A grandes rasgos, este rito constituye una expresión de violencia por parte de un colectivo sobre un individuo inocente en respuesta a la necesidad de evitar su propia destrucción o una violencia mayor que puede caer sobre ellos. La forma de proceder es depositar sobre “el chivo” que se persigue y se sacrifica la culpa de todas las desgracias que sufren como pueblo. Por otra parte, en alusión a la crisis padecida por un colectivo, producto del desmantelamiento del orden y estabilidad que caracteriza su existencia, trabajaré *La comunidad perdida* de José Bengoa, y el capítulo *Nuestros miedos* de Norbert Lechner, para analizar el estadio posterior a tal extravío: la búsqueda de un vínculo para reinstaurar la unidad de un grupo, el cual, en este caso, sólo será factible a través de la violencia.

Ante el objetivo de realizar un análisis acucioso de la novela se aludirá en el presente, dialógicamente, a “El desierto de Carlos Franz: Reconstrucción de la historia negada” de Bleny de Miguel, donde existe un pequeño apartado denominado “El chivo expiatorio: la mujer está antes de la yegua pero después del hombre”. En este capítulo del ensayo se percibe la ausencia absoluta de una teoría como la de Girard, y más bien se concibe su sacrificio a razón de su pertenencia al eslabón inferior de la escala social, lo cual en consideración a los objetivos planteados contrasta evidentemente con la perspectiva elegida. Un segundo antecedente corresponde el estudio de Arturo Fontaine Talavera: “*El Desierto de Carlos Franz*”, en el cual la referencia al sacrificio solo consta de unas pocas, pero fundamentales, líneas para la hipótesis a desarrollar. Finalmente, acudiré a Alfonso de

Toro, en “*La comedia de la memoria- el infierno Francesco radiografías- escritura-cuerpo-catarsis en El desierto de Carlos Franz*”, quien se centra principalmente en el contenido político de la intención y estructuración de la novela de Franz. Para este autor, todos los personajes, excepto la hija de la jueza, deciden olvidar en pos de intereses mutuos, esto es, una amnesia del pasado para no hacer peligrar el presente. Situación que se vincula a las amenazas contra su estabilidad que la comunidad desea evitar, aunque eso signifique la muerte de un individuo.

Corresponde señalar que la perspectiva histórica del fatídico 1973 que marca la genealogía de nuestro país, esto es, el término abrupto de la democracia en manos de las fuerzas armadas, pero también el período de la transición y su cuestionable ‘afán por la reconciliación u olvido’, ha de ser examinado en el presente a través de *Chile actual – anatomía de un mito* de Tomás Moulian. No obstante, será focalizado a partir de *Reconciliación e impunidad: los derechos humanos en la transición democrática* (José Bengoa), *Una mirada retrospectiva: entrevista a Don Patricio Aylwin Azócar* por José Bengoa y Eugenio Tironi y *La gestión estratégica de un proceso de transición y consolidación: el caso chileno* de Angel Flisfisch.

En consideración a la concepción antropológica literaria de Girard, en la novela de Carlos Franz: *El desierto*, tal rito, para asegurar la integridad de la comunidad, se plasma en tres momentos, semejantes en la violencia del acto, pero disímiles no sólo por los personajes sacrificados, sino también por cada uno de los colectivos unificados en torno a la figura del chivo expiatorio. El objetivo central de este proyecto consiste entonces en presentar el rito del sacrificio como una trilogía de chivos expiatorios, con la pretensión de establecer coordenadas de relación entre los tres momentos, a partir del desentendimiento que hace la comunidad de sus propias culpas al cargarlas sobre otro. Resulta imprescindible señalar el aporte del presente, al recoger ciertas marcas textuales de la novela para presentar al Presidente golpeado un 11 de Septiembre, como el chivo expiatorio por antonomasia de un país atemorizado frente a los avatares de la inestabilidad. De ahí, que tal hecho señalado por el autor en las páginas de *El desierto* encuentre su correlato en el mundo ficticio, que es lo que el lector de este trabajo podrá encontrar en los próximos capítulos.



## MARCO TEÓRICO

### 1. Violencia y humanidad

#### 1.1 Vínculos sociales

Para María Guadalupe Pacheco (2008), la violencia es connatural a la existencia del hombre, “*la violencia es tan vieja como la humanidad*” (p.15), por lo cual resulta indudable su presencia en la cotidianidad del individuo. De ahí que pueda considerarse un impulso esencial de la formación de la sociedad, causante de la contemplación de la historia de la civilización como una crónica de la lucha eterna contra la violencia, donde las religiones, el Estado y la sociedad civil constituirían formas de control social sobre ella. Por lo tanto no habría dificultad en admitir que la violencia constituye una constante insoslayable en las relaciones entre las personas, grupos o clases sociales, y entre las naciones o los pueblos. Su permanencia avasalladora e innegable en los anales de la humanidad, ha llevado a filósofos, como Adolfo Sánchez, a considerar que *el ser humano se define esencialmente por y para la violencia* (Sánchez, citado en Pacheco, p. 15).

La propuesta literaria desplegada por Carlos Franz en *El desierto* se relaciona evidentemente con la violencia, constituyéndose en un eje dominador, en tanto no sólo se materializa en las ejecuciones, abusos, vejaciones sexuales e injusticias por parte del representante del régimen en la ciudad, sino también en la repercusión que tiene en las relaciones de una comunidad, desmantelándolas, pues la tortura o “*paradigma del terror político*”, como señalan Marcelo Viñar y Maren Ulriksen (1994), “es ante todo desarticulación del vínculo social” (p. 48). Aun así, la violencia en esta novela es susceptible de ser apreciada a su vez como una nueva acción de cohesión entre individuos.

En el mundo ficticio de *El desierto*, concretamente en la ciudad Pampa Hundida, se aprecian las consecuencias de la violencia dictatorial en materia de vínculos sociales, pues sus habitantes desconfían de sus vecinos, se vuelcan a sus propios problemas sin atender a las demandas del ‘otro’ y, principalmente, privilegian su bienestar por sobre el de los demás, aunque eso signifique condenar a otra persona al sacrificio. Esta desarticulación de las relaciones en la novela de Carlos Franz se inscribe además, dentro de la lógica vertiginosa de la modernización, en la cual sus habitantes se concentran en rendir en sus

trabajos para incrementar sus ingresos familiares y alcanzar el progreso. Situación que genera, evidentemente, existencias aisladas e individualistas, focalizadas al mundo privado del hogar. De esta forma se socava la posibilidad de una interconexión colectiva, al no existir la confianza para integrarse e identificarse con una comunidad.

Con la intención de abordar la pérdida de un lazo social cohesivo en tiempos de mercado, manifiesto en *El desierto* a través de los habitantes de Pampa Hundida, tanto en los períodos de dictadura como la transición chilena, emplearé mayoritariamente la terminología y conceptualización de Norbert Lechner, en diálogo con los planteamientos de José Bengoa. Además, por la presencia preponderante del ejercicio de la tortura en *El desierto*, referiré a Marcelo Viñar y Maren Ulriksen, quienes la definen como un mecanismo que golpea al vínculo social antes que al individuo.

El vínculo social, según Norbert Lechner (2002), representa un patrimonio de conocimientos, hábitos, de experiencias prácticas y disposiciones mentales que una sociedad acumula, reproduce y transforma a lo largo de generaciones. No obstante, este ‘capital social’ de un país es devastado cuando las modernizaciones son violentas, compulsivas e irreflexivas, pues destruyen las identidades pasadas y en consecuencia, desvalorizan la cultura. En sintonía con estos planteamientos, José Bengoa (1996) establece que “la modernización compulsiva puede ser un proceso de devastación cultural en medio del cual se construya una sociedad vacía, sin miradas comunes ni respecto al pasado ni al futuro, sin vínculos profundos entre sus miembros” (p. 12). Nuestra identidad, de acuerdo a las palabras de este autor, se confunde frente a las transformaciones: “no sabemos muy bien lo que representamos o queremos ser como comunidad” (p. 11). En este ámbito lo transitorio domina todo, es decir, el tiempo breve de las comunicaciones modernas rige el ritmo de la cultura. Así, la ausencia de identidad debilita los sentidos colectivos y privatiza las frustraciones: “es por ello que hablamos de una pérdida de nuestra identidad, como quizás el fenómeno más profundo de una sociedad azotada por procesos de modernización” (Bengoa, 1996, p. 12).

Con respecto al impacto de la política de invasión determinante en los regímenes militares, conviene establecer la trascendencia de este modelo más allá del sector económico, instalándose en el orbe social, en la fragilidad de un ‘nosotros’. Tal como

señala Norbert Lechner, “la modernización rompe con el estrecho mundo señorial de antaño y abre amplias zonas de contacto. Incrementa las transacciones, pero no genera necesariamente lazos sociales” (p. 512). En esta época de globalización, concebida por Santiago López Petit (2007) como un *proceso social que ha dado lugar a una verdadera red mundial de conexiones y de interdependencias funcionales mediante la tecnología* (p. 57), casi en su totalidad las relaciones, paradójicamente, suelen ser anónimas y fugaces. Situación experimentada diariamente por miles de chilenos que viven aislados, no en el sentido geográfico del término, sino en lo que refiere al desconocimiento voluntario y carencia de interacción con sus vecinos. De este modo, progresivamente los procesos de secularización, diferenciación y mercantilización de la sociedad moderna, potenciados por la globalización, socavan las identidades colectivas, perdiéndose por ende, el sentido de ciudadanía. En este marco se debilitan los antiguos contextos de confianza y unión, dicese la familia, escuela, el trabajo, el barrio y la nación, los cuales ya no representan lugares insignes de integración e identificación de una comunidad. Definitivamente, con la implantación del neoliberalismo económico, surgen nuevos lugares públicos como los centros comerciales, que ofrecen nuevos rituales, pero que no favorecen la conformación de lazos de cohesión social.

En *El desierto*, principalmente, mediante una mujer torturada en dictadura, que tras veinte años aún no ha podido superar ni relatar tal violencia a su hija, se dialogará con lo señalado por Norbert Lechner, extraficcionalmente: “la experiencia traumática en Chile ha dejado heridas sin cicatrizar” (p. 510). Una de ellas es el miedo al otro, producto de la identificación de éste con la ‘amenaza de conflicto’, lo cual desemboca en una proximidad a la violencia. Así, Marcelo Viñar y Maren Ulriksen (1994), en *El tiempo del terror: efectos de la fractura en la memoria y los ideales*, señalan que los efectos del terror no cesan porque la causa ha finalizado. En esta perspectiva, las sesiones psicoanalíticas constituyen una ilustración idónea de este devenir ya que hombres y mujeres, presos políticos o en exilio forzoso, “concibieron durante años el reencuentro como un momento sagrado, como un punto crucial de sus destinos, que condicionaba todos sus proyectos de vida durante la separación” (Viñar y Ulriksen, p. 35); sin embargo, en la proximidad de la llegada, aquellos sentimientos desembocaron en dolorosos encuentros y fracasos en la convivencia.

Tal como se apreciará en *El desierto*, la usurpación de la ley y el código jurídico en la tortura, por ejemplo, golpea al vínculo social antes que al individuo. Para Marcelo Viñar y Maren Ulriksen esta consideración sólo es atendible si se concibe la articulación de la palabra con el cuerpo deseante como un punto originario y primordial, zócalo de la condición humana. Pues bien, si la tortura golpea allí, se transfigura en el escarnio de la carne para doblegar y hacer desfallecer la palabra. Esta situación se plasma en *El desierto* en el momento en que Laura, luego de conocer que su sacrificio no desembocó en la liberación de los prisioneros, enmudece un mes y medio, para posteriormente abandonar su pueblo, vale decir, su país. De ahí la asimilación del ataque a ‘uno’ como una amenaza a la civilización, en tanto la comunidad implica “un universo compartido de códigos, memorias, ideales y expectativas, cuyo abanico de conflictos y tensiones son los que tejen la trama social” (Viñar y Ulriksen, p. 48).

En este margen, para Norbert Lechner, la cara banal del miedo es la ‘sociedad desconfiada’, donde las inseguridades generan patologías del vínculo social y, a la inversa, la erosión de la sociabilidad cotidiana acentúa el miedo al otro. Evidentemente, esta imagen de sociedad remite a un escepticismo de la fuerza de los lazos sociales. Si bien es cierto ese acontecer se erige como consecuencia de un orden quebrantado (dictadura), además refleja el impacto de la mercantilización. Claramente, el ‘miedo al otro’ y la lógica de la mercancía existentes en el periodo del régimen militar en Chile, *hacen estallar las antiguas ataduras, pero sin crear una nueva noción de comunidad* (Lechner, p. 514). En *El desierto*, los residentes del pueblo desértico, en tiempos de dictadura, experimentan el temor al ‘otro’ ante la posibilidad de ser delatados y, también, el ensimismamiento en sus preocupaciones, para no ‘querer saber’ de los horrores que acontecían en el campo de exterminio continuo a su hogar. Esa realidad se acentúa mediante el neoliberalismo económico instalado por el gobierno de las FF.AA., el cual incita a los sujetos a incrementar sus posesiones, a abonar en beneficio personal, esto es, potenciando el individualismo y no así una identidad comunitaria.

Considerando el modelo económico impulsado por la dictadura en Chile como un segundo efecto del autoritarismo del gobierno militar en las relaciones grupales, Norbert Lechner establece que la vertiginosidad del proceso y la expansión del mercado a ámbitos

extra-económicos tienden a subvertir el *capital social* de un país. Al desarticular el vínculo social se fisura y debilita la integración de la vida comunitaria y por contraste se deja al sujeto en el desamparo. Tal como se evidenciará a través de los habitantes de Pampa Hundida en *El desierto*, el mercado distante a la pulsión de acrecentar y fortalecer los lazos de confianza y cooperación emblemáticos del intercambio social, acentúa la desigualdad entre los individuos al impulsar líneas de competitividad y flexibilidad entre ellos. La incertidumbre frente a la permanencia en determinado trabajo producto de los requerimientos laborales de la nueva época, por ejemplo, ha transformado en estéril uno de los sectores en donde “las personas (hacían) una experiencia vital de lo que es la dignidad, el reconocimiento y la integración en una tarea colectiva” (Lechner, p 518).

Irónicamente, pero no por eso inverosímil, Lechner señala que “por eficiente que sea”, no es tarea del mercado generar lazos de arraigo y pertenencia, sino que es el Estado chileno, la instancia principal de las políticas sociales. Sin embargo, aclara el autor, éste no posee un discurso capaz de simbolizar su acción para responder a las demandas de trabajo, educación, salud y previsión de los individuos: “entonces, aun cuando las prestaciones mejoren, la gente no se siente acogida y protegida, reconocida y respetada como partícipe de una comunidad” (Lechner, p. 516). De esta forma, la desconexión se transforma en una estrategia viable de supervivencia por parte de los sujetos, quienes para defenderse de las dinámicas de exclusión provocadas por la lógica mercantil, se retrotraen a su mundo individual, al ámbito familiar: única institución sobreviviente, entre el Estado y el mercado.

Frente a la crisis padecida por los residentes de Pampa Hundida, producto del desmantelamiento del orden y estabilidad que caracterizaba su existencia previamente a la dictadura, conviene mencionar a José Bengoa (1996), quien considera que “el atractivo de las sociedades como fuentes de vínculo ha perdido su encanto. Ya no es la política, el futuro, la vida en sociedad lo que puede entusiasmar a las personas a vivir. Hoy día se vuelven los ojos a la propia casa” (p 18). En este contexto, para José Bengoa (1996) la apuesta por una estrategia de crecimiento económico pareciera ser la única solución y satisfacción hoy en día para todas las demandas de los chilenos; con todo, en materia de vínculo social, no ha hecho más que acrecentar la brecha de desigualdad y distancia entre aquellos integrados y abandonados en la vorágine del consumo. Hecho irrefutable en la

definición misma del término comunidad efectuada por este autor: “algo que une a las personas fuera del mercado; un conjunto de significados que están implícitos en el sentido que se les otorga a las palabras, a los gestos, a los silencios aprendidos y a la capacidad de pro y reproducir gestos, nuevos significados comprendidos por todos” (1996, p.13).

En el ámbito de los personajes de *El desierto* se aludirá a lo señalado por José Bengoa con respecto a la realidad de Chile: un país que al igual que muchas otras sociedades, posee la sensación de haber perdido parte de su identidad, pues “las décadas recién pasadas, llenas de revoluciones y contra-revoluciones, alegrías y dolores, crisis y éxitos económicos, nos producen un sentimiento de haber roto los vínculos antiguos, y de no haber surgido aún los nuevos lazos que nos re-entusiasmen por vivir –todos juntos- en sociedad” (p. 11). Tal sentir se inscribe en la misma perspectiva crítica de Norbert Lechner, para quien “la comunidad salta hecha añicos en el proceso de globalización y, por cierto, no hay vuelta atrás” (p. 519).

## 1.2 El sacrificio

En la novela de Carlos Franz, frente al desvanecimiento de los vínculos sociales surge la necesidad de encontrar una nueva forma de afianzamiento, en una sociedad inundada por la lógica de la mercancía. El mecanismo elegido y ejecutado en tres oportunidades será el rito del sacrificio. De este modo en *El desierto* se hace reminiscencia a una humanidad inseparable de su gestora y eterna compañera: la violencia.

En esta perspectiva, para trabajar la temática del sacrificio se utilizará, medularmente, el estudio antropológico literario de René Girard *La violencia y lo sagrado* (1995) y *El chivo expiatorio* (1985), y además su re-lectura a través de Camilo García. Con el afán de insistir en el correlato existente entre violencia y humanidad, en el desarrollo de este apartado se hará mención, a grandes rasgos, a la definición de civilización categorizada por María Pacheco (2008) en *El fenómeno de la violencia y sus disfraces*.

En las páginas de *El desierto*, particularmente, a través de la realización del rito del sacrificio se hace manifiesta la tentativa de apreciar a éste, no como un simple mecanismo de violencia, sino más bien en cuanto instancia factible de integración para la comunidad, al

unificarse la multitud de individuos en torno a la pretensión de cargar en uno, la culpa de todos. En este marco, para René Girard, la práctica del sacrificio, ubicable en el origen de las sociedades humanas, posee una función integradora, en cuanto se considera indispensable para vivir en estabilidad.

En la novela de Carlos Franz se puede advertir la presencia de una *violencia fundadora* de la comunidad, ignorada y negada constantemente por los individuos, pero siempre presente en su cotidianidad. Ante este escenario, René Girard ofrece una razón psicológica para explicar la conducta violenta de los hombres, a la cual denominó *mimesis de apropiación*. La señalada perspectiva concibe la conducta humana como esencialmente mimética, en cuanto se forja imitando a los demás. Particularmente, este autor alude a la reproducción de una forma de vida donde el ser humano anhela apropiarse del objeto del deseo del otro; acto que evidentemente genera una rivalidad en la comunidad, puesto que el individuo al hacer suyo este comportamiento se convierte en un agente o protagonista de un posible conflicto violento con quienes le sirvieron de modelo. Según René Girard, “la rivalidad no es el fruto de una convergencia accidental de los dos deseos sobre el mismo objeto. *El sujeto desea el objeto porque el propio rival lo desea*. Al desear tal o cual objeto, el rival lo designa al sujeto como deseable. El rival es el modelo del sujeto, no tanto en el plano superficial de las maneras de ser, de las ideas, como en el plano más esencial del deseo” (p. 152).

En correspondencia a tales planteamientos, Camilo García, en *Reflexiones sobre la violencia*, señala que “esta conducta mimética de apropiación de los objetos que surge del proceso de socialización de cada individuo cuando se extiende a todos los miembros de la sociedad es entonces, la que paradójicamente pone en peligro la posibilidad de su convivencia estable y duradera” (2005, p. 8). Tal como se distinguirá en las comunidades que efectúan los sacrificios en *El desierto*, es en esta efervescencia donde surge la necesidad de encontrar un mecanismo que permita a las personas suprimir o reducir al máximo el riesgo de destruirse mutuamente. Existirían distintas maneras para evitar esta pugna; una de ellas se relaciona intrínsecamente a la disputa entre el miembro débil y el fuerte, donde el primero, frente al fracaso de su empresa, culminará tal mimesis al comprender que la ejecución de esa conducta no cristalizó en la obtención del objeto

deseado, mientras que el victorioso decide transformarse en su propio modelo a imitar, pues ha demostrado su superioridad. Una segunda posibilidad alude a suprimir la unicidad del objeto, esto es, por un lado la existencia infinita de los elementos deseados (claramente un ideal) y por otro, la presencia de un agente racional de poder que los distribuya equitativamente a todos los implicados, el padre de familia en las sociedades tradicionales y el Estado en las modernas<sup>1</sup>.

Sin embargo, para René Girard ambas condiciones son externas, ajenas al ser humano, frente a lo cual, el rito del sacrificio, en tanto expresión de violencia por parte de un colectivo sobre un individuo inocente en respuesta a la necesidad de evitar su propia destrucción, se postula como la salida al conflicto mimético: “la sociedad intenta desviar hacia una víctima sacrificable, relativamente indiferente, una violencia que amenaza con herir a sus propios miembros, los que ella pretende proteger a cualquier precio” (p. 22). La perspectiva del escritor de *El chivo expiatorio* se margina de una lectura tradicional de este rito como una ofrenda a la divinidad o un regalo alimenticio del que se nutre la trascendencia. Particularmente, según sus propias palabras, “el sacrificio tiene la función de apaciguar las violencias intestinas, e impedir que estallen los conflictos (Girard, p. 22) Por lo tanto existe un común denominador de la eficacia sacrificial denominado violencia intestinal: “son las disensiones, las rivalidades, los celos, las peleas entre allegados lo que el sacrificio pretende ante todo eliminar, pues restaura la armonía de la comunidad y refuerza la unidad social” (Girard, p. 16).

Los sacrificios ejecutados en *El desierto*, ilustran, claramente, cómo la violencia mediante ese rito, está relacionada con todos los aspectos de la existencia humana, incluso con la prosperidad material, ya que es interpretable como el instrumento, el objeto y el sujeto universal de todos los deseos. De esta forma, sin la existencia de una víctima propiciatoria, la fuerza avasalladora, vale decir, la violencia, desembocaría en la imposibilidad de cualquier vida social. En este marco, según María Pacheco, “la civilización significa la negación y el control de la violencia bajo cualquiera de sus formas. Pero al mismo tiempo, es esta misma violencia la que ha definido una y otra vez el propio

---

<sup>1</sup> Cabe señalar que el ser humano siempre ha albergado el ideal de vivir disfrutando de la posesión y consumo de los objetos de deseo sin necesidad de disputarlos con los demás, es decir, sin la utilización de la fuerza para conseguirlos. No obstante, esto se contempla solo como una promesa asequible de realizarse tras la muerte.



progreso de la civilización, desde las cruzadas medievales al holocausto nuclear. La violencia es inherente al concepto de civilización” (p. 33).

Tal como se observará en el análisis de este trabajo, en *El desierto*, los habitantes de Pampa Hundida se unen en torno a la designación de una víctima como ser que cargará las faltas que ellos no se atreven a aceptar. En este sentido, el rito del sacrificio consiste en que un colectivo deposita sobre “el chivo” que se persigue la culpa de todas las desgracias que sufren como pueblo, con la intención de librarse del dolor que les provocaría reconocerse culpables de la falta de “sustancia” ética, de la carencia de un mandato de la consciencia para no ocasionar daño a los demás. De ahí que para la eficacia absoluta de esta ejecución, el grupo debe sentir fehacientemente que la víctima escogida es culpable de aquellos males que asedian y perturban su existencia a causa de la conducta de apropiación.

A través de los dos personajes identificados como chivos expiatorios de un pueblo contiguo a un campo militar y a la víctima de una nación, en *El desierto* se ilustrará cómo la víctima propiciatoria adquiere un carácter monstruoso, pues *se deja de ver en ella lo que se ve en los restantes miembros de la comunidad* (Girard, p. 281), con la pretensión de excluirla del colectivo, para no recaer en una violencia recíproca de eterna venganza por parte de los cercanos a la víctima. Además, en este colectivo, protegerse es sinónimo de prohibición de mirarse a sí mismos como susceptibles de encarnar el rol de chivo expiatorio. Tal como afirma René Girard, “el círculo vicioso de la violencia recíproca totalmente destructora, es sustituido entonces por el círculo vicioso de la violencia ritual, creadora y protectora” (p.151).

En la novela de Carlos Franz se hará evidente que el rito sacrificial implica, a su vez, el surgimiento de una nueva conducta mimética: cada individuo imita a los demás en el comportamiento violento de realizar el sacrificio de una víctima inocente. La repercusión de este hecho, sin embargo, constituye la reconciliación de los individuos alrededor de este acto, es decir, el sacrificio se erige como un mecanismo de integración social en cuanto la comunidad olvida su rivalidad con el otro al reunirse para eliminar al ser que cargará sus desgracias: *“a la oposición de uno contra uno le sucede bruscamente la oposición de todos contra uno. A la multiplicidad caótica de los conflictos particulares le sucede de un solo golpe la simplicidad de un antagonismo único: toda la comunidad de un lado y la víctima*

*del otro*” (Girard, citado en García, p. 27). Conducta denominada por René Girard, mimetismo del antagonismo:

“Dado que la fuerza de la atracción mimética se multiplica con el número de individuos polarizados sobre un mismo objeto, llegará necesariamente el momento en que toda la comunidad se encontrará reunida contra un único individuo. La mimesis del antagonista suscita, entonces, una alianza de hecho contra un enemigo común y la conclusión de la crisis, de la comunidad, no es más que eso” (Girard, p. 41-42)

A través de los sacrificios realizados en *El desierto*, un conjunto de individuos se reúnen a través de la ejecución de este rito -a pesar de los efectos de la dictadura y la lógica de la modernización en términos del vínculo social-, con la intención de desviar una violencia mayor que amenazaba con afectar sus vidas, aún cuando esto signifique condenar a un individuo al sufrimiento o a la muerte. Así, ejecutar al chivo expiatorio es el intento de los individuos por limitar la violencia al máximo, pero igualmente se recurre a ella con el propósito de evitar una agresión mayor, pues “*si toda la nación está convencida de perecer, es mejor sin duda que muera un hombre por todos los demás*” (Girard, 1986, p.151). De esta forma el objeto buscado por los seres humanos al contener las conductas violentas mediante la práctica del sacrificio es: asegurar las condiciones culturales básicas para el desarrollo de la vida en común.

## 2. ¿Reconciliación u olvido?

La narración en el mundo fictivo de *El desierto* de Carlos Franz remite a dos temporalidades de la realidad chilena, donde una de ellas corresponde a la dictadura de Pinochet, enfocada desde la crudeza de las violaciones, ejecuciones y el despotismo del poder militar. La segunda, por su parte, concierne al período de transición hacia la democracia o gobierno de Aylwin, la cual es presentada desde una óptica crítica, puesto que en la novela se ficcionaliza el acontecer de miles de familias, que aún tras 20 años no se les ha otorgado justicia.

Acorde al presente trabajo se hará mención a algunos sucesos relevantes del período de la transición, con el afán de contextualizar las permanentes referencias en *El desierto* a la lamentable injusticia palpable en Chile, con respecto a la violación de los derechos

humanos en dictadura. En este marco se recurrirá a las reflexiones de Tomás Moulian para integrar una perspectiva teórica acerca de la realidad chilena ficcionalizada en la novela *El desierto* de Carlos Franz. En segundo lugar, ante la necesidad de describir la ficción postdictatorial en Chile, utilizaré las reflexiones de Idelber Avelar en torno a la novelística y trabajo del duelo efectuados por los escritores latinoamericanos, quienes se enfrentan al modelo económico impuesto por los regímenes militares y, en consecuencia, a su tendencia mercantil a desechar un pasado que ellos deben abordar, precisamente desde la ruina. Con el objeto de situar a Carlos Franz dentro de esta delimitación, remitiré al ensayo de Javier Campos, *Literatura y globalización: la narrativa chilena en tiempos del neoliberalismo maravilloso*.

A continuación, en primera instancia se aludirá a la transición pactada y a las consecuencias en materia de memoria y olvido, en el ámbito histórico y literario tras el gobierno de Pinochet, para posteriormente aludir al contexto temático y generacional en que puede situarse la novela *El desierto* de Carlos Franz, en cuanto incorpora reflexiones en torno a la memoria, el duelo, el olvido y la justicia; tópicos inherentes a la novela de postdictadura. En este ámbito conviene recordar las palabras de Karl Kohut: “no se puede hablar de “literatura chilena hoy” sin pensar en la política o en la llamada difícil transición (...) ni tampoco en la gran esperanza que significó el gobierno de Allende y en el golpe que le puso fin” (2002, p. 9).

## 2.1 Transición pactada

En *El desierto*, al escenificarse el regreso del poder judicial al pueblo (en la figura de la jueza Laura) de forma simultánea a la revelación de la imposibilidad de juzgar a los militares, se pretende denunciar uno de los tintes característicos de la transición chilena: los eventos que ligan al nuevo gobierno con la figura del dictador. En Chile, el regreso a la democracia tras 17 años de dictadura, desde sus inicios se puede definir por el calificativo ‘pactada’, pues solo fue factible a través de negociaciones y acatando las reglas del juego institucional establecido por el régimen; es decir, el gobierno tras el NO se constituye en la continuación camuflada del mandato de Pinochet. Situación observable en los llamados

“amarres”, tales como: nombramiento de jueces de confianza, integración de gente partidaria al régimen en la prensa, asegurar una mayoría en el Senado al regular su composición y la consolidación del poder de Pinochet en el ejército hasta 1998, para posteriormente continuar en la política al adjudicarse el cargo de senador vitalicio en marzo de 1998.

Precisamente, el período de la Concertación posterior al régimen experimentó en carne propia los avatares del temor y el compromiso hacia el antiguo líder, por lo cual, pese a los intentos por dilucidar el problema de los *damnificados por el terrorismo de Estado*, por ejemplo con la creación de la Comisión Verdad y Reconciliación, fue infructuoso ante las inminentes quejas y ‘demostraciones’ de la presencia aun latente del poder militar<sup>2</sup>. Frente a tal eventualidad el gobierno optó por el consenso o más bien la etapa superior del olvido como acto fundador del nuevo Chile, aquel que consiste en la homogeneización y desaparición del otro, esto es, se promulgó una conminación al silencio a favor de la pretendida unidad nacional. En esta perspectiva, Stefan Rilke (2002) señala: “en el discurso de los entonces líderes de la oposición se consideraba mucho más importante el hecho de lograr una reconciliación nacional que la imposición de la justicia a cualquier precio. Precisamente en este delicado asunto es donde se aprecia con más claridad el problema de la transición pactada” (p. 87).

La novela de Carlos Franz es protagonizada por una jueza exiliada que regresa al nuevo país democrático, desvinculada de sus anhelos de justicia de antaño, pues tras la experiencia de dictadura, donde su poder civil fue anulado por el tribunal militar, lamentablemente vislumbra en el período de transición una situación similar, en la cual la tortura y violación serán parte de sus recuerdos y no de un expediente. De esta forma se recuerda en la novela el eufemismo de ‘*justicia de lo posible*’ palpable en el período de transición de nuestro país, es decir, hasta el punto que no intervenga con los intereses creados. En palabras de Patricio Aylwin: “yo siempre dije *verdad y justicia en la medida de lo posible (...)* el problema es si siempre es posible que se haga plena justicia. La justicia

---

<sup>2</sup> Cabe mencionar el Ejercicio de Enlace o acuartelamiento de los militares guiada por el primogénito de Pinochet en noviembre de 1990, el desaire del general Carlos Parera en la parada miliar de 1990 cuando no solicita el permiso del Presidente para iniciar el desfile, las pifias hacia Aylwin y vítores al dictador en el funeral de Jaime Guzmán, el ‘Boinazo’ y el acuartelamiento en el invierno de 1993, donde la plana mayor del Ejército se mostró ante las cámaras de televisión con uniforme de combate.

humana es siempre limitada y es necesario poner el anhelo de justicia como sanción al culpable, en la balanza y vinculado a otros valores sociales que son igualmente importantes, como el anhelo de una convivencia pacífica y de terminar con el conflicto”<sup>3</sup>.

Del mismo modo en que se cuestionará en *El desierto*, el discurso del gobierno de la transición, que decía relación con pretender la reconciliación y unidad del país sin distinción política, para Tomás Moulian (2002) éste significa compulsión al olvido, blanqueo de la memoria y, por ende, negación de justicia. Así, para este autor, el informe Rettig, pese a reconocer el rol de víctimas a los detenidos desaparecidos, no desembocó en una instancia judicial absoluta y además, desvinculó de los procesos de ‘justicia’ a los afectados por torturas prolongadas y prisión abusiva. En este punto se inscribe la solicitud de perdón a los familiares de las víctimas, efectuada por el Presidente Aylwin en nombre del país, la cual, tanto para Tomás Moulian como para Carlos Franz, oficializa y válida el apodo de pactada a la transición.

Según Tomás Moulian, en este acto de “*desvanecimiento en el colectivo de la responsabilidad individual*” se hace efectivo el afán de blanqueo del pasado y, en consecuencia, se evidencia la imposibilidad de juzgar a ‘militares que sólo obedecían órdenes’<sup>4</sup>. Para este autor, el “Chile Actual está basado en la impunidad, en el carácter simbólico de los castigos, en la ausencia de verdad, en una responsabilidad histórica no asumida por las FF.AA. y por los empresarios, estos últimos beneficiarios directos de la revolución capitalista” (p. 66). La ‘transición’, para Tomás Moulian, ha operado como un simple sistema de trueques, en tanto la estabilidad debía ser comprada por el silencio y asegurada por medio del temor y la complicidad, entendiendo a esta última como técnica de apaciguamiento. En este sentido:

“Para que Chile pudiera ser el modelo, la demostración de que un neocapitalismo ‘maduro’ podía transitar a la democracia, su medio natural, era necesario el blanqueo de Chile. Eso requería que Pinochet (...) no sólo no fuera el responsable de la suciedad y la sangre. También se requería que los otros reconocieran la necesidad de su papel en el Chile Actual” (Moulian, p. 34)

---

<sup>3</sup> Bengoa, José y Tironi, Eugenio. 1994. *Una mirada retrospectiva: entrevista a Don Patricio Aylwin Azócar*. Propositiones, 25, 12-19.

<sup>4</sup> Conviene mencionar que el régimen de Pinochet había creado ya en 1978 una ley de amnistía que exculpaba a los responsables de los crímenes en dictadura.

El pueblo desértico que desea convertirse en el mayor complejo de adoración del país está dispuesto a olvidar el pasado en aras del progreso. El problema fundamental es que en esta avidez por blanquear se aspira borrar y olvidar las huellas de sangre de los desaparecidos y el dolor sin término de sus familiares, los gemidos de los torturados, los remordimientos de los obligados a traicionar, la nostalgia de los exiliados y el gran número de cesantes que arrastró el neoliberalismo económico impuesto por la dictadura. Para Tomás Moulian la voluntad de olvido y anulación de la memoria se basa en el supuesto equívoco de una incompatibilidad de convivencia entre pasado y futuro, donde el acceso a este último sólo es posible en cuanto negación del pasado.

Indudablemente en *El desierto*, a través de la negativa a declarar de los habitantes de Pampa Hundida contra el militar causante de múltiples muertes, se dialoga críticamente con el afán amnésico, tanto del gobierno posterior al régimen de Pinochet como de una gran mayoría de chilenos, quienes prefieren el silencio para no arriesgar su bienestar, aunque su acción repercute en la imposibilidad de aclarar los crímenes de ‘Lesas Humanidad’<sup>5</sup> cometidos en dictadura. En este contexto resulta axiomático que los gritos de justicia se encuentran, aunque subsumidos, en el inconsciente del país, o más bien en aquellos para quienes la memoria es fundamental para delimitar lo que somos hoy y seremos mañana. En correspondencia a tales planteamientos, Norbert Lechner expresa: *“es imposible vivir sin olvido, pero ni siquiera percibimos lo compulsivo de nuestros olvidos (...) no sabemos qué olvidar, qué recordar. Se nos recomienda con insistencia “mirar al futuro”. Pero no basta. Las expectativas están cargadas de experiencias pasadas, de sus miedos y esperanzas. Para hacer futuro, previamente hay que hacer memoria”* (p. 510). Este es el impulso vital de creación que ha caracterizado a un sector de la narrativa chilena en postdictadura, al cual pertenece Carlos Franz. De ahí que *El desierto* se construya a partir del cuestionamiento y reflexión en torno a la disyuntiva, imperante en la actualidad, entre memoria y olvido.

---

<sup>5</sup> Se denomina "crimen de Lesas Humanidad" cuando se comete un ataque generalizado o sistemático contra una población civil y en conocimiento de dicho ataque, lo cual se lleva a cabo mediante algunos actos de violencia como: el asesinato, el exterminio, la encarcelación u otra privación grave de la libertad física en violación de normas fundamentales de derecho internacional, la tortura, la violación o esclavitud sexual, la prostitución forzada, el embarazo forzado y persecución de un grupo o colectividad con identidad propia fundada en motivos políticos, raciales, nacionales, étnicos, culturales o religiosos. En: <http://www.definicionlegal.com/definicionde/Crimeneslesahumanidad.htm>

## 2.2 Narrativa chilena en postdictadura

Al inscribirse *El desierto* dentro de la narrativa chilena de postdictadura, cabe a continuación caracterizar las temáticas y reflexiones de este tipo de escritura, en tanto forma de resistencia desde la ruina a la lógica sustitutiva de la mercancía, que pretende reprimir a la memoria. En este contexto, para Avelar, en *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo* (2000), la clásica oposición entre metáfora y metonimia describe totalmente el estatuto de la memoria en tiempos de mercado, es decir, al capitalismo transnacional impuesto en Chile por la dictadura, siendo esta última *el instrumento de una transición epocal del Estado al Mercado* (p. 22).

La mercancía reniega del segundo tropo aludido, pues incorpora el pasado únicamente en cuanto totalidad anticuada que debe ser reemplazada sin dejar residuos, transformándolo así en material obsoleto ineluctable de arrojar a la basura. En esta lógica sustitutiva-metafórica donde se margina o anula la memoria, según Avelar, la literatura postdictatorial es la que “se hace cargo de la necesidad no sólo de elaborar el pasado, sino también de definir su posición en el nuevo presente instaurado por los regímenes militares: un mercado global en el que cada rincón de la vida social ha sido mercantilizado” (p. 284)

Pese a que la política actualmente hegemónica en América Latina se esfuerza por blanquear el pasado, la tradición de los que fueron derrotados para que la soberanía de la metáfora pudiera instalarse, no pueden vivir en el olvido. En el mismo mercado que somete el pasado a la inmediatez del presente, agrega Avelar, la literatura doliente buscará las ruinas que puedan activar la irrupción intempestiva del pasado en la actualidad: “la literatura postdictatorial lleva consigo las semillas de una energía mesiánica que, como el ángel benjaminiano de la historia, mira hacia el pasado, a la pila de escombros, ruinas y derrotas, en un esfuerzo por redimirlos, mientras es empujado hacia adelante por las fuerzas del ‘progreso’ y la ‘modernización’”(p. 286) De ahí el regreso en esta literatura de la alegoría, entendida bajo una de sus peculiaridades, la “fascinación con las posibilidades significativas de la ruina” (Avelar, p. 18).

Este advenir, sin embargo, no traza exclusivamente un disfraz del significante para enfrentar el miedo y la censura, sino más bien remite a *un dejarse leer como alegoría*.

Según Avelar, en postdictadura es inevitable el devenir-alegoría del símbolo, puesto que “en tanto imagen arrancada del pasado, mónada que retiene en sí la sobrevida del mundo que evoca, la alegoría remite a antiguos símbolos, a totalidades ahora quebradas, datadas, los reinscribe en la transitoriedad del tiempo histórico. Los lee como cadáveres” (p. 22). Por lo tanto, el giro hacia la alegoría equivale a una transmutación epocal, paralela a la irreductibilidad de la derrota, donde esta última constituye el fundamento de la escritura literaria, al circunscribir su objeto de representación en cuanto pérdida, esto es, escribir bajo la conjunción del imperativo del duelo, *madre de la alegoría*, y la decadencia del arte de narrar: “existe un vínculo no simplemente accidental, sino constitutivo, entre lo alegórico y las ruinas y los destrozos: la alegoría vive siempre en tiempo póstumo” (p. 19).

El duelo y la narración, para Avelar, son coextensivos en la medida que llevar a cabo el trabajo del duelo presupone, principalmente, la capacidad de contar una historia sobre el pasado. Y a la inversa, sólo si se ignora y reprime la necesidad del duelo se puede narrar, armar un relato sin confrontar la decadencia de la época en que se desarrolla la escritura, en tiempos de crisis para la transmisibilidad de la experiencia. En este contexto, la postdictadura pone en escena tanto “un deseo de duelo –el abrazo del duelo como la arena en que el destino del campo afectivo postdictatorial se jugaría- y un duelo por el deseo –la aceptación de la derrota de todos los deseos barridos por la dictadura” (p. 310).

En conclusión, la derrota histórica que encarna la dictadura implica a su vez el fracaso de lo literario; suceso susceptible de ser abarcado a través del tropo de lo imposible: la alegoría, aquella que responde al quiebre irrecuperable de la representación. En postdictadura, para Avelar, la única tarea que queda a los intelectuales es apropiarse de tal obstáculo, pues la pérdida con la cual la escritura intenta lidiar, ha tragado a la escritura misma, es decir, el sujeto doliente que escribe se da cuenta de que él es parte de lo que ha sido disuelto. En fin, para Idelber Avelar, la alegorización tiene lugar “cuando aquello que es familiar se revela como otro, cuando lo habitual se interpreta como ruina, cuando se desentierra la pila de catástrofes pasadas, hasta entonces ocultas bajo la tormenta llamada progreso” (p. 316). De esta forma, la narrativa chilena en postdictadura, atestiguaría una voluntad de reminiscencia y tendría una vocación intempestiva en el sentido nietzscheano,



“actuando contra nuestro tiempo y por tanto sobre nuestro tiempo y, se espera, en beneficio de un tiempo venidero” (p. 286).

En esta perspectiva se enmarca la novela *El desierto*, la cual en tanto perteneciente a la escritura postdictatorial, cuestiona y critica desde la ficción la negación de la memoria, para dar paso a los nuevos tiempos y a los beneficios asociados a un futuro prometedor. Tal como se explicitará en el próximo capítulo, en *El desierto* se ilustra, perfectamente, a una ciudad decidida a borrar las huellas del pasado, para integrarse en la danza de la modernización y prosperidad económica, pese a que su decisión perjudique una posible querrela contra uno de los militares más sanguinarios en dictadura, dentro del mundo ficticio de Pampa Hundida.

Reconociendo la diversidad de la narrativa chilena actual y, por ende, distintos procesamientos de la lógica cultural posmoderna, Javier Campos (2002) inscribe a Carlos Franz dentro de una literatura que aun en la marginalidad editorial asignada por la globalización “no quiere enterrar ni la muerte del sujeto ni el olvido, ni privilegiar la imagen como moneda, ni jugar con lo ecléctico o el fragmentarismo, ni menos que la historia ha muerto” (p. 237). En este ámbito, *El desierto* representa la línea del ‘posmodernismo alternativo’, donde, la escritura deambula y se detiene en aquella realidad que pretende ser blanqueada por el show del mercado, es decir, un horizonte de creación que argumenta a favor de la memoria y el recuerdo; Carlos Franz, un autor que ficcionaliza en torno a lo que no se puede olvidar.

### 2.2.1 Generación post golpe o Nueva narrativa

Si bien se ha desplegado con antelación el marco conceptual y temático gestor de la novela postdictatorial, en el cual se origina *El desierto*, con la intención de vincular la narrativa de su autor con sus coetáneos nacionales, en este apartado se utilizará las categorizaciones de Ana María del Río y de Rodrigo Cánovas. Fundamentalmente para inscribir a Carlos Franz dentro de una orientación similar, abocada a denunciar la represión de la memoria en los tiempos actuales. De esta forma, el autor de *El desierto*, cuya primera

novela<sup>6</sup> fue publicada en 1997, pertenece, según la clasificación de Ana María del Río (2002), a la generación de los 80, o del 73, Nueva narrativa, post golpe, NN o marginal, “todos alias para un solo delincuente expresivo” (p. 206).

Una constante biográfica que acerca a los escritores de esta generación es que en su mayoría eran jóvenes, muchos adolescentes en el año 73. Esto provocó, según del Río, una reacción de respuesta que, a pesar de la disgregación, unió por la edad semejante a autores no relacionados física, pero sí históricamente. Cabe distinguir, que el período de represión en Chile afectó de diferentes maneras a este grupo, provocó exilios voluntarios<sup>7</sup> y obligados, cesantía, censura, autocensura, miedo a la expresión, una casi anulación de la actividad editorial, un cambio de expresión y modos de representación y una escritura de signo encubierto. En sus creaciones literarias ya en el retorno a la democracia, por otra parte, es apreciable una acentuación del desencanto, tristeza y escepticismo, tanto del narrador como de los personajes.

Dentro de los factores internos que delinear los caracteres de la escritura en postdictadura, en la cual se incluye *El desierto* de Carlos Franz, se puede identificar el sentimiento de orfandad padecido por estos escritores a causa de la interrupción de la expresión por la dictadura militar, sentir identificable tanto con la pérdida de la patria como la ausencia de una novelística anterior. Al respecto, Camilo Marks (1992) caracteriza a la generación del 80 “en el sentido literal del término (como) la más rupturista que ha existido en este país. Rupturista porque no tuvo pasado y careció de un futuro que enfrentar” (citado en Del Río, p 211). Con respecto a estas perspectivas, para Rodrigo Cánovas (2002), el lector de estas producciones literarias es seducido por aquellas voces chilenas que narran la historia de nuestras vidas, desde la noción de crisis, padecida por seres huérfanos, “*de raíces al aire*”. Según sus palabras:

“la novela chilena de los años 90 diagrama un paisaje nacional fundado en las contradicciones existenciales e ideológicas de una comunidad nacional en crisis. (...) Si en un comienzo hubo mayor énfasis en la crisis de la comunidad nacional (el extravío de las utopías de cambio social, las nostalgias y los rencores transmitidos por el linaje); hacia el final de esta década la crisis se centra en los sujetos individuales, en la descripción de los desolados parajes del Yo, una vez abolido todo sentimiento de comunidad” (p. 269)

---

<sup>6</sup> Santiago Cero

<sup>7</sup> Es el caso de Carlos Franz

De acuerdo a Cánovas, Carlos Franz presenta la orfandad en sus novelas, mediante el registro discursivo de la poética reflexiva del encantamiento, esto es, a través del diálogo de diversos lenguajes literarios, lo que exige la presencia de un lector interesado en la capacidad inventiva del lenguaje per se. Para Rodrigo Cánovas, los personajes perfilados por la Nueva Narrativa, generalmente niños abandonados, jóvenes sin ilusiones, niños envejecidos tempranamente o chivos expiatorios de otras gentes, exponen su verdad en testimonios de muy diversa índole, tales como diarios, actas, confesiones, cartas y bocetos biográficos, los cuales son testimonios culposos ante el gran tribunal de lectores.

*El desierto*, tal como aprecia el lector de esa novela y de este trabajo, tematiza y aborda la pérdida de las ilusiones por parte de las generaciones previas y posteriores a la dictadura militar. De esta forma, la novela de *Carlos Franz* abarca la crisis de identidad comunitaria que se instala tras la presencia absoluta de la violencia y que desemboca en un individualismo a ultranza; ambos condicionados por los sentimientos de decepción y desesperanza, comprensibles luego de 17 años de represión.

En el despliegue narrativo se hará presente la desilusión, el desengaño y el escepticismo frente a un entorno carente de un deseo por ‘cambiar el mundo’, pues tras el derrocamiento abrupto de una revolución pacífica (como fue la Salvador Allende y su gobierno) y las consecuencias brutales que trajo consigo la imposición de la dictadura, no existe lugar para la ensoñación juvenil. Situación que se transformará en un tópico dominante en la novela, ya que desde principio a fin, la protagonista, una mujer torturada en dictadura, aludirá a la infertilidad de creer en la realización de una verdadera justicia contra los militares, pues comprende que el mundo se rige además por otras lógicas, como el mercado, que lamentablemente en reiteradas oportunidades, tergiversan el destino jurídico de los culpables y atentan contra las pretensiones ilusas, en este caso de su hija, una primogénita de la generación ulterior a la dictadura.

## ANÁLISIS

### 1. La carta-testimonio

*¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas esas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?* es la interrogante formulada por la hija de una jueza exiliada al regresar a Chile y vislumbrar los horrores que acontecieron en la jurisdicción de su madre en tiempos de Pinochet. Cuestionamiento que se transformará en la médula del relato, en tanto exige una contestación de la protagonista; respuesta en principio factible a través de la escritura, pero donde el peso de los hechos obliga a Laura al reencuentro con los *'monstruos dormidos'*, a un vuelo de retorno desde Berlín a Chile, de una cátedra teórica de filosofía a su cargo de antaño, del silencio a la memoria<sup>8</sup>. Para Alfonso de Toro (2008), Laura, “frente a la imposibilidad de dar una explicación epistolar, viaja. Este es un viaje a sí misma, a una especie de liberación de una historia inconclusa, de una experiencia trágica que ha quedado sin catarsis” (p. 135).

En este contexto se inscribe la nueva forma de intercalación capitular en que se presenta la novela, donde 18 apartados corresponden al acontecer post-régimen, es decir, la activación de sus recuerdos producto del contacto con la comunidad, pero también con su victimario. Además abarca el enfrentamiento con la generación de su hija, aquella que anhela y cree poder juzgar lo que sus padres no pudieron, con respecto a los delitos contra los derechos humanos. La vivencia en dictadura propiamente tal, se materializa en los restantes 17 capítulos, los cuales representan la carta que esboza Laura a su hija, aquella que le promete entregar si no encuentra la forma de explicarle personalmente, la ausencia de justicia en Chile, específicamente en el campo de exterminio colindante a su pueblo. No obstante, la temporalidad reúne los espacios y sus acontecimientos en un presente de cuatro días, en los cuales se lleva a cabo la festividad religiosa anual de los peregrinos, una mezcla

---

<sup>8</sup> Acontecimiento ficticio que contrasta con la realidad de un autor, quien aun cuando nunca fue exiliado, necesita hasta el día de hoy de una distancia geográfica y temporal para ficcionalizar en torno a los acontecimientos acaecidos en el año 1973, lo cual expresa en una entrevista: “*aunque yo no sabía claramente que eso era lo que estaba buscando cuando me fui, me encontraba luchando con el embrión de la historia. Y por cierto me faltaba perspectiva. Fue en Berlín y sobretodo en Londres, que logré cierto distanciamiento creativo*” (Castro, Ingrid. 2005. “Carlos Franz habla de su galardonada novela *El Desierto*. El monstruo de la memoria”. Chile: La nación)

de diversos ritos católicos y pagano-precolombinos en veneración a ‘La Patrona’, la imagen sacra para la ciudad.

Cabe agregar que a partir de esa misiva que nunca llegó a su destinatario original, tras ser desechada por Laura como una explicación representativa de su dolor, culpa, sacrificio, pseudo-amor padecidos en su previa estadía en Pampa Hundida, su ex cónyuge, el periodista frustrado por la censura imperante en dictadura, realiza su sueño literario al escribir finalmente su ansiada novela. De esta forma, para Alfonso de Toro, “Franz parece ser el editor de la novela, como Cervantes o Borges, para quizás así no documentar, sino ficcionalizar la realidad” (p. 136).

En la creación de Mario se exhibe una historia personal de dolor y sufrimiento, pero también el relato colectivo de un pueblo agobiado por la crueldad del régimen y culpable de su silencio. En el transcurso de *El desierto*, se hace evidente que excepto Claudia y el joven abogado querellante que pretende una causa contra Cáceres, el torturador, todos los personajes han optado por la amnesia, el olvido del pasado en aras del progreso. Según Alfonso de Toro, Franz escenifica “una sociedad gobernada por intereses mutuos y por la amnesia del pasado para no hacer peligrar el presente” (p. 149). Carlos Franz, en una entrevista otorgada en el diario *La nación*, afirma:

“Mi novela es una invención literaria. No tiene programa ideológico, ni menos mensaje. Pero en ella es cierto que la mayoría de los personajes prefieren por razones distintas, mirar hacia el futuro, olvidar sus propios roles en la experiencia traumática de esa dictadura ficticia. El *quid* del asunto es que incluso quienes creen que no tienen nada que olvidar, no saben que están negando algo”<sup>9</sup>

*El desierto* narra la desesperación de una mujer a quien la brutalidad de sus recuerdos, fundamentalmente el remordimiento de la culpa, la han dejado en silencio frente a las preguntas de su joven hija, a quien confiesa en las últimas páginas de la novela que su nacimiento es producto de la traición. A raíz de la tortura Laura confesó el lugar donde ella misma había escondido al fugitivo: “*entonces entendí que haría cualquier cosa para que se detuviera, que pagaría cualquier precio para no quedar atrapada en el tiempo. Y grité, lo confesé, repetí varias dónde estaba el fugitivo.* (Franz, p. 244). Responsabilidad que la

---

<sup>9</sup> Castro, Ingrid. 2005 (20 de Mayo). “Carlos Franz habla de su galardonada novela *El desierto*. El monstruo de la memoria”. Chile: La nación. En: <http://www.lettras.s5.com/cf220305.html>

llevó a callar una posterior violación, pues como decía el Coronel “*Si ya has entregado a un hombre a su muerte. ¿Qué importancia tiene ahora que te entregues a mí?*” (Franz, p. 245).

Para Carlos Franz, en el artículo periodístico titulado “La memoria de la tortura”<sup>10</sup>, el torturado, a diferencia del detenido asesinado<sup>11</sup>, sigue vivo y es alguien que lleva un desaparecido en sí mismo. Según sus palabras:

“el torturado rara vez quiere o puede hablar de lo que le ocurrió. La experiencia de la degradación, de la humillación extrema, es demasiado fuerte. Muchos de ellos han hecho largos procesos personales para conseguir olvidar. Nadie puede, por otra parte, reprochar ese olvido terapéutico. Es fácil para quien no se ha escuchado a sí mismo aullar como un perro, instruir al afectado sobre sus deberes de recordar y testimoniar. Es fácil pasar por alto que, en el centro del agujero negro de la tortura, está la más humillante y lacerante de las derrotas: salvo unos pocos casos que merecen el calificativo de heroicos y sobrehumanos, la mayoría de los torturados confesó, «cantó», delató (...), con tal de que dejaran de hacerle «eso» (muchos se quiebran a la hora de sólo nombrar lo que les hacían). La tortura tiene ese corazón negro: el verdugo asocia a la víctima a su propia abyección, forzándola a decirle lo que quiere oír (lo que el otro jamás habría querido oír). Creando así la más nauseabunda de las complicidades: son dos los que no quieren hablar de ese pasado” (p. 16).

La culpabilidad de la jueza más joven del país se acrecentó al aceptar un ‘pacto’ con el militar, consistente en que esa rutina de violencia física y sexual donde ella se negaba a los golpes, para luego agradecer el cese de esta violencia a cambio de sexo, se repetiría frecuentemente, con el propósito de liberar a uno o más prisioneros. Aquí Laura asume su falta mayor cuando descubre que las ejecuciones fueron reemplazadas por el tronar de la dinamita, donde los cuerpos eran pulverizados y luego ocultados por el efecto del sol en el desierto: “*están acá, en esta pampa, repartidos, espolvoreados, el polvo ha vuelto al polvo*” (Franz, p. 319).

Laura se siente devastada por haber confiado en un hombre, del cual internamente siempre supo que nunca desobedecería las órdenes de un tribunal militar. Este aspecto representa el punto de inflexión de la obra de Carlos Franz, pues la carta-testimonio de Laura no constituye sólo la síntesis de un pasado doloroso a raíz de la tortura, sino además una culpa que no se atreve a verbalizar a su hija: la complicidad o ‘pacto’ con su victimario,

---

<sup>10</sup> Franz, Carlos. 2004. “La memoria de la tortura”. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12826849777066084198624/p0000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12826849777066084198624/p0000001.htm#I_0)

<sup>11</sup> Temática que se expuso con anterioridad en referencia al informe Rettig.

originada en ese orgasmo negro, sin corazón, que años después le daría vida a su hija. Relación definida como un *“paradójico, un primitivo, un abyecto agradecimiento. Un deseo de agradar, de no hacer nada que pudiera sacarlo de su contemplación y, por el contrario, de hacer todo lo que pudiera para demostrarle mi gratitud por el simple hecho (...) de que no me hiciera sufrir más. De que pudiendo aniquilarme, hubiera decidido dejarme vivir, para que lo complaciera”*. (Franz, p. 265) Claramente, la vivencia de la protagonista de *El desierto* se corresponde al episodio ocurrido en un banco de Suecia, donde los rehenes terminaron amando a sus raptos que los amenazaban de muerte, esto es, el Síndrome de Estocolmo, esbozado en la novela en los siguientes términos:

“El afecto del rehén por su captor, el amor de la víctima por su verdugo, ese contubernio ampliado a una escala antropológica, y luego política y jurídica, y luego ontológica: el orden, la obediencia a la norma, a la ley, como agradecimiento del sujeto ante el poder que se abstiene de poder más” (Franz, p. 378)

Ante lo desplegado resulta evidente que Laura encarna la llamada “culpabilidad de las víctimas”, descrita por ella como *“la más oscura forma en que el poder logra perpetuar sus afrentas”* (p. 450). Situación incuestionable en el silencio sepulcral en que permaneció durante sus años en el extranjero, sintiéndose responsable de su violación: *“porque era verdad, aunque pareciera una locura, una perversidad, aunque se lo hubiera reprochado a sí misma mil veces, espantando ese sucio fantasma persistente de su conciencia, era verdad que se sentía culpable”* (Franz, p. 450). De este modo se corroboran en la novela los planteamientos de Marcelo Viñar y Maren Ulriksen, ya expuestos con antelación, en los cuales se establece que los efectos del terror sufridos, producto de la tortura, no cesan porque la causa haya finalizado<sup>12</sup>.

En definitiva, la única respuesta factible a la interrogante de Claudia frente a la ausencia de justicia en Pampa Hundida es que la jueza no ejerció su labor, no sólo por el socavamiento de su poder producto de la dictadura, sino más bien porque ella misma encarnó las atrocidades de la tortura. Laura revela a Claudia su culpa de víctima con las siguientes palabras: *“Aquí estuve, Claudia. Aquí estuve cuando todas esas cosas horribles ocurrían”* (Franz, p. 449). Ante el cuestionamiento de su hija por no elegir el aborto, Laura reafirma su convicción: *“no quise darle otro triunfo a la muerte”* (Franz, p. 453). Aún así

---

<sup>12</sup> Ver capítulo anterior, página 11

existe un vacío en esa confesión que Claudia jamás conocerá. Su madre desistió de tal propósito en el momento apropiado, lo cual se aprecia mediante su interacción con la partera del pueblo: “*nunca se ha arrepentido, ¿verdad, mijita?*” a lo que ella responde, “*No, nunca*” (p. 26).

## 2. Primer sacrificio

Si bien es cierto en los párrafos anteriores se ha hecho referencia a la culpa sufrida por Laura, este sentir no desembocará en la identificación de este personaje con un chivo expiatorio de Pampa Hundida. De acuerdo a los planteamientos de René Girard, ya explicitados en el capítulo anterior, el colectivo, con el afán de evitar una violencia mayor, elige a un individuo inocente, generalmente recién llegado a la ciudad, para realizar este rito. Es el caso de la jueza más joven del país, que ha sido designada como autoridad judicial en la ciudad, siendo su única familia su esposo periodista, cuyo carácter no constituirá un impedimento para la ejecución del rito, tal como se apreciará en las páginas siguientes.

Así, en el ámbito de los personajes, el primer sacrificio se sitúa en tiempos de dictadura, particularmente en el contexto de un pueblo desértico, donde la jueza es obligada a cargar con la indiferencia y falta de compromiso de una comunidad con respecto a las atrocidades que estaban aconteciendo cada mañana en su pueblo. Pero también lleva en sus hombros el miedo al régimen, a la opresión y violencia, experimentados por un pueblo contiguo a un campo de exterminio. Tal opción del pueblo se vincula a la noción del terror definida por Tomas Moulian como la máxima capacidad que tiene un Estado de actuar sobre los cuerpos de los ciudadanos sin tener que reconocer límites en la intensidad de los daños y sin tener que enfrentar una efectiva regulación en la determinación de los castigos. Así, el terror se perfila como “la situación que empujó a muchos chilenos a no aceptar saber de los detenidos desaparecidos ni de las torturas masivas” (Moulian, p. 22).

No obstante, la urgencia del acto se hace innegable cuando se ve alterado físicamente el orden de la ciudad, producto de la búsqueda casa a casa de un prisionero fugitivo; operación fallida que culminó en el “secuestro” de ‘La patrona’, hasta el regreso del convicto al campo de prisioneros. Este motivo es fundamental, pues esa figura



representa la única riqueza del pueblo, no sólo en términos económicos, aludiendo a los cientos de peregrinos que visitan la ciudad en los días del carnaval y que distribuyen su dinero en hoteles y mandas, sino también al poderío de estas fiestas religiosas en cuanto le permite a los habitantes de Pampa Hundida ser visibles en el mapa y sentirse vivos, aunque sea tres días en el año. En este sentido la institución del sacrificio ritual surge para contener o intentar ensordecir una violencia desatada que los amenaza cada mañana, pero que ahora atenta contra el futuro prometedor de convertirse en la ciudad santuario por excelencia.

De esta forma, tal como se mencionó en el capítulo precedente, la comunidad intenta desviar la violencia susceptible de caer sobre ellos, protegiéndose a cualquier precio. Es el caso del mejor amigo de Laura en la ciudad, el doctor Ordoñez, quien durante la visita al tribunal civil junto a nueve personas más (comitiva denominada por Laura: los 10 justos), no es capaz de mirar a la jueza a los ojos, pues sabe que se ha inclinado por su propia estabilidad y beneficio, a costa de la vida de ella. Específicamente, la labor del médico era ‘recetar’, en cada amanecer, el tiro de gracia a aquellos ejecutados que aún tras los disparos no se rendían a la muerte. Su inquietud, temor y en consecuencia intranquilidad, se originan en el cuestionamiento diario de “*si esa última bala en la nuca, aunque él la prescribiera, no era como si la disparara, ¿verdad?*” (Franz, p. 179). El cura del pueblo, por su parte, quien encarna la palabra divina, tampoco defiende a la joven jueza. Por el contrario, es el gestor de la cadena de dolor y violencia encarnada en el cuerpo de Laura, ya que es él quien no siendo lo suficientemente valiente para ocultar al fugitivo, recurre a ella, destinándola a los brazos del comandante militar: “*este muchacho vino a la basílica, pidiéndome asilo. Pero yo no puedo, Laura, no podría. (...) Yo pensé que quizás usted que es una autoridad, que es la justicia acá, podría ampararlo, encontrar un recurso, algo que no sea ilegal*” (Franz, p. 198-199). Incluso su esposo, Mario, si bien no forma parte de esta comitiva, tal como él menciona en reiteradas ocasiones, no se interpuso frente a las pretensiones del pueblo: “*está vez no te dejaré sola. Esta vez sí me interpondré*” (Franz, p. 45).

Mamani, el curaca o alcalde del pueblo designado por la dictadura, el híbrido que en sí mismo mezcla las tradiciones ancestrales con los aires de modernización para la ciudad, solicita a Laura, ya en postdictadura, perdón por su sacrificio, por hace veinte años haber

“amparado a la ciudad”. El representante del pueblo, aquel que aúna el sentir y pensar de sus ciudadanos, *“le pedía perdón por un anochecer de hace veinte años cuando había venido a su tribunal con ‘diez justos’ a pedirle que los amparara, que rescatara a su Patrona y la trajera de vuelta a su altar, cuando se había escondido detrás de las faldas de una jueza jovencita, de la forastera a la que tendría que haber protegido de acuerdo a las leyes ancestrales de hospitalidad”* (Franz, p. 342).

Definitivamente, Laura se convierte en el chivo expiatorio de Pampa Hundida, pues como se aprecia en *El desierto*, toda la comunidad privilegia su estabilidad personal, desvían los aires de violencia latentes en el pueblo mediante la designación de ella como la única capaz de reinstaurar el orden, silenciar las ejecuciones y, fundamentalmente, recuperar el objeto de culto sagrado. En su regreso a Chile, Laura recuerda su nombramiento y sentencia de enlistar las filas de los sacrificados como un suceso embargado por la cobardía de una ciudad entera, lo cual representa en la figura del alcalde, quien en su condición de máxima autoridad debía “resguardar” lo que Laura, en su condición de mujer, fuera obligada a solicitar en reiteradas noches de tortura y violación: *“el curaca se había escondido detrás de ella, tal como el pueblo entero se había escondido, y junto con ellos, los cobardes y los espantados a los que él debería haber dado valor, habían esperado durante esa larga noche, temblando en sus casas, a que la magistrada intentara la justicia que a él le correspondía haber intentado”* (Franz, p. 343).

A diferencia de Bleny de Miguel (2007), para quien Laura “es la que debe, como ser inferior dentro de la escala social, entregarse para el término del sufrimiento colectivo” (p. 4), considero que es culpada a razón de los fetiches en torno a su sexo-género. Frente al fracaso de una intervención por medio de la justicia civil, Laura, se transforma en un chivo expiatorio, a razón de su “condición seductora de mujer”: *“todo gracias a Laura, a nuestra jueza, a su sacrificio”* (Franz, p. 263). Así lo expresa una de las devotas de la virgen, al interpelar a Laura: *“¡Todo el mundo se da cuenta de cómo la mira el comandante! Usted también. No nos diga que no, no se haga la tonta. ¡Vaya se lo rogamos, a usted le hará caso!”* (Franz, p. 221). Su mediación significará una estadía continua de acercamiento a la muerte a través de la brutalidad de la tortura y las vejaciones sexuales realizadas por el coronel; un orgasmo negro pero fértil, que se transformó ulteriormente en su mayor

felicidad: “Desde ahora, en cada alegría exuberante se oirá un trasfondo de terror” (p. 9), recordando las palabras de Nietzsche, presentes en el epígrafe de *El desierto* y también en reiteradas ocasiones en la novela de Franz.

Con respecto a los planteamientos de René Girard<sup>13</sup>, la comunidad en su totalidad es culpable de no poseer el mandato de conciencia, para no ocasionar daño a los demás, es decir, a Laura. Pampa Hundida se refugia en la falda de Laura, argumentando que ella posee una característica distintiva que el resto de la comunidad carece: el comandante la mira y la desea. De acuerdo a lo estipulado por Girard, se puede afirmar que en el caso de *El desierto*, la comunidad siente fehacientemente que Laura es culpable de lo que sucede en la ciudad, lo cual justifican en la anulación de los poderes judiciales civiles ante las felonías militares, ya que después de todo, tales atrocidades ocurrían en su jurisdicción y, por ende, era su responsabilidad evitarlos.

Un último argumento descansa en el relato de la protagonista acerca de su primer día de regreso a la ciudad, tras 20 años de exilio. En el marco de las tradiciones paganas insertas dentro del culto a ‘La Patrona’, Laura visualiza una escena que le provoca náuseas, tal vez por el peso del recuerdo al identificarse con la figura del sacrificado. La protagonista aprecia a un grupo de peregrinos “*que degollaba un cordero vivo, colgado de un árbol por las patas traseras, para beber directamente del cuello la sangre que manaba, el ñachi ritual, sacrificial, tibio, antes de destazar el animal, a hachazos*” (Franz, p. 24). Concretamente, frente al intento de la colectividad por evitar el desborde de violencia, el mecanismo empleado es aun más nauseabundo: depositar en uno la responsabilidad de todos, condenar la existencia de una mujer a los efectos del horror de por vida.

Finalmente, con la intención de acentuar la repercusión para el vínculo social que posee el sacrificio, en cuanto reconcilia a los habitantes de este pueblo alrededor del rito, remito a la imagen de los ‘diez justos’, así llamados irónicamente por Laura en comparación al pasaje bíblico, en que la salvación del pueblo depende de la existencia de una decena de hombres de bien, pues ahora ese colectivo la condenará a la desdicha perpetua. Los representantes de la ciudad han recurrido a Laura con el afán de ensimismarse en su burbuja, lejos de los aullidos de los asesinados, distantes de la verdad

---

<sup>13</sup> Ver marco teórico, particularmente, capítulo uno apartado número dos.

de esas muertes y posterior ocultamiento de los cuerpos. Desde mi perspectiva, considero que en tiempos de dictadura, donde se ejecuta el primer sacrificio, la comunidad consigue unificarse en torno a la joven víctima, quien logra, al precio de su cuerpo, silenciar las ejecuciones, aunque todo esto sea una trampa del torturador.

### 3. Segundo Sacrificio

En las páginas de *El desierto* se describe el idealismo y espíritu revolucionario latentes en los años setenta en un país en transformación, esto es, en plena ‘vía chilena al socialismo’. Explícitamente considera los inicios de ésta como “una época temeraria y revuelta, (donde) parecía que el futuro había llegado y la juventud era su propietaria” (Franz, p. 16). De esta forma se alude a los años del gobierno socialista para posicionar y explicitar el rito incitado por un sector del país, intranquilo, atormentado frente a la vertiginosidad de las reformas económicas, industriales y de propiedad, realizada por Salvador Allende. Es decir, “*antes que se oyera la canción de la cabra, y el lejano palacio ardiera, y Allende, el presidente suicida, se sacrificara*” (Franz, p. 16). Ante la solvencia de los vocablos mencionados, Allende se transforma, a nivel de la nación, en el macho cabrío por excelencia:

“El palacio de la Moneda, que había albergado su larga democracia, había sido bombardeado y ardía. Asediado por las llamas arrancándose la tapa del cráneo con una ráfaga de su propia ametralladora, el presidente se había suicidado (...) el rey había caído en la hecatombe de su palacio, sacrificado por las fuerzas incontrolables que él mismo había desatado. Para cualquiera que quisiera escucharlo el canto del macho cabrío se oía entre las ruinas” (Franz, p. 30).

En este ámbito el Presidente, cuya legitimación se produjo en el congreso nacional, tras sólo lograr una primera mayoría relativa en las elecciones, fue culpado por el anhelo fallido de una utópica revolución mediante la vía pacífica. Franz, en el ensayo titulado “Allende y Pinochet, el escombros de las estatuas”<sup>14</sup>, señala:

“Allende tuvo que haber reconocido (...) que era responsable de una ingenuidad: haber creído que se podía hacer esa «alteración grave, extensa y duradera del orden público, encaminada a cambiar un régimen político» -como define «revolución» el diccionario-, sólo por medios legales. Allende tiene que haber intuido el monstruo que el sueño de su razón

---

<sup>14</sup> Franz, Carlos. 2008. “Allende y Pinochet, el escombros de las estatuas. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/01159185219037350788813/p0000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/01159185219037350788813/p0000001.htm#I_0)

utópica acababa de ayudar a parir en Chile. Tiene que haber concluido que, desde ese momento, sería responsable de algo infinitamente más grave que un error de estrategia o una candidez política: pasaba a ser responsable también de las consecuencias que su fracaso traería para su pueblo” (p. 2).

En la búsqueda de motivos concretos ilustrativos de una escisión de la sociedad chilena, no cabe duda que el altísimo nivel de polarización y conflictividad (tanto política como social) presente en el país es un signo evidente de la crisis que posteriormente culminó en dictadura: *“en el momento del golpe militar la sociedad estaba saturada por expectativas paranoicas, odios profundos, ansiedad compulsiva de una resolución, sin importar la manera. Se había desarrollado un síndrome maquiavélico”* (Moulian, p. 168)

Se enfrentaban dos grandes coaliciones, una de izquierda-gobiernista y una opositora integrada por la Democracia cristiana y la derecha; esta última apoyada por EEUU decidida a desestabilizar y derrocar al primer presidente marxista en el mundo que llegaba al poder democráticamente. Cabe recordar las palabras de Luis Guastavino, un líder tradicional del comunismo chileno, quien desde su puesto de intendente de la V región, ya al regreso de la democracia, afirma que la Unidad Popular de Salvador Allende debería reconocer sus graves culpas al generar las condiciones para el gobierno militar. Para este comunista exiliado en tiempos de Pinochet, *“el golpe lo dimos todos los chilenos. Nosotros. Los sectores políticos”*<sup>15</sup>. Tales palabras manifiestan que existía un sentimiento generalizado, inclusive de su coalición política<sup>16</sup>, de descontento frente al futuro incierto e inestable en materia económica, laboral y de seguridad, manejado por el gobierno socialista.

En efecto, el miedo a una guerra civil era latente en cada rincón del país: o se “estaba con el pueblo o con el fascismo”. Nadie podía darse el lujo de ser neutral. Tal sentir sumado a sucesos como el creciente déficit público de esos años, el incremento de la cantidad total de dinero circundante a un 473% en el 1973 y los graves problemas de distribución de víveres<sup>17</sup>, indudablemente fue aprovechado por el sector disidente para

---

<sup>15</sup> Correa, Raquel. 2003 (3 de agosto) “Entrevista a Luis Guastavino con Raquel Correa”. Chile: *El Mercurio*. En: <http://www.elmercurio.cl>

<sup>16</sup> Cabe agregar que militantes comunistas, como Alejandro Yáñez, han reaccionado enfáticamente frente a las palabras de Luis Guastavino, estableciendo categóricamente la no culpabilidad colectiva.

<sup>17</sup> Ya sea la existencia de mercados negros en respuesta a la fijación oficial de precios fijos por el gobierno o el paro de la agrupación de dueños de camiones.

adiestrar a la comunidad en el deseo de interrumpir el caos (inherente a los cambios abruptos) y re-establecer nuevamente la “estabilidad”. Petición que se materializará en un golpe militar que busca, según Angel Flisfisch (1994), el orden político en primera instancia y, a posteriori, un programa económico, igualmente radical, que sustente sus pretensiones de permanencia: la instalación de un modelo neoliberal económico. Para Tomás Moulian:

“Con una Unidad Popular lanzada en una revolución pero sin los medios ni los atributos para desencadenar efectos reales, la política estaba destinada a convertirse en una guerra larvada, con antagonismos sinuosos, intensidad no lineal, pero cuya tendencia era el crescendo, hasta llegar a una agonía (...) la Unidad Popular sucumbió asfixiada por el acoso externo, las divisiones intestinas, los círculos viciosos sin solución” (p. 163)

Así, las repercusiones políticas, sociales y económicas de un proyecto ambicioso de la Unidad Popular, son castigadas por la comunidad en la figura de su insigne defensor, quién, luchando hasta el final, se quitó la vida, privando a aquellos del placer sádico de humillarlo. Conviene recordar el último discurso de Allende a través de Radio Magallanes a las 9:10 am: *“Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”*<sup>18</sup>.

Carlos Franz, en su artículo periodístico “El fin de la transición chilena”<sup>19</sup>, caracteriza al período posterior a la dictadura como una etapa que ha permitido generar “la conciencia de haber compartido responsabilidades, entre izquierdas y derechas, entre diferentes clases e instituciones, en el fracaso del Gobierno de Allende y la violenta dictadura que lo siguió” (p. 11). En el desarrollo de este capítulo se ha mencionado la presencia de una amenaza inmanente en el país socialista de esos años, donde millones de chilenos se encontraban atemorizados frente a los cambios del presente, que vaticinaban, a su vez, un futuro peligroso e inestable.

Ante tal eventualidad, el pensamiento de un gran porcentaje de habitantes se concentra en la figura del primer presidente marxista llegado al poder por vía democrática,

---

<sup>18</sup> Allende, Salvador. 1973. “Último discurso”. Chile: Radio Magallanes. En: <http://www.salvador-allende.cl/Discursos/1973/despedita.html>

<sup>19</sup> Franz, Carlos. 2005 (5 de Agosto). “El fin de la transición chilena”. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12035078817830495098213/p0000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12035078817830495098213/p0000001.htm#I_0)

culpando a un sujeto por la escasez, por ejemplo, que como todos sabemos fue impulsado por sectores disidentes y EE.UU., quienes boicotearon al gobierno. En este contexto, las coaliciones políticas mencionadas en un principio, confluyen en la necesidad de un derrocamiento, materializado por las tres ramas de las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros, sin dar opción a Allende de congregarse al plebiscito que pretendía anunciar la misma mañana del 11 de septiembre.

Así, un país polarizado se unifica en torno a la sentencia de un hombre, quien en sí mismo arrastrará la culpa de una revolución irrealizable sin las armas, como señaló Fidel Castro, pero también la desidia de sus oponentes, quienes se obcecaron en derrocar los ideales de su gobierno, obligándolo indirectamente a suicidarse: *“yo no voy a renunciar, pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta patria. (...) Una palabra para aquellos que llamándose demócratas han estado instigando esta sublevación, para aquellos que diciéndose representantes del pueblo, han estado turbia y torpemente actuando para hacer posible este paso que coloca a Chile en el despeñadero”*<sup>20</sup>.

#### 4. Tercer sacrificio

La dictadura y sus repercusiones en el período de transición y en la actualidad, evidencian una historia de la justicia chilena donde la mayoría de los culpables de horribles crímenes han quedado impunes por la ley de amnistía, amparados por el sencillo argumento de la imposibilidad de juzgar a quienes sólo ‘obedecían órdenes’. Correlativamente, se presenta en *El desierto* la existencia de “una justicia de lo posible”, es decir, hasta el punto en que no intervenga con otros intereses creados. Hecho que nos recuerda las palabras de Aylwin, ya aducidas en totalidad en el capítulo anterior: “yo siempre dije *verdad y justicia en la medida de lo posible*”<sup>21</sup>

En este marco contextual se inscribe el tercer sacrificio realizado en *El desierto*, ya en el retorno a la democracia. El Coronel es culpable de centenares de muertes y fundamentalmente de las agresiones a Laura Larco, pero es inocente del fraude, engaño y

---

<sup>20</sup> Allende, Salvador. 1973. “Último discurso”. Chile: Radio Magallanes. En: <http://www.salvador-allende.cl/Discursos/1973/despedida.html>

<sup>21</sup> Ver página 20

farsa de un pueblo que sustenta su economía y subsistencia a través de peregrinaciones y fiestas en torno a la réplica de una réplica de 'La Patrona'. La comunidad siente la amenaza, tanto del acaecimiento de un progreso y futuro prometedor, depositado en la ilusión de convertirse en el "*mayor complejo de adoración*", como el descubrimiento de sus engaños, enfrentándose, por ende, a un juicio por el delito de profanación. Todo esto a causa del ímpetu de un ambicioso abogado de la nueva generación, quien desea juzgar al militar, por la única acción violenta comprobable: incinerar un objeto de culto sagrado. Con el propósito de conseguir a través de la intimidación hacer hablar a un pueblo, para que señalen el lugar donde fueron escondidos los cuerpos de los detenidos desaparecidos y así culminar con la impunidad que se le ha otorgado al militar, en las cuatro querellas anteriores.

Ante la necesidad de comprender el ambiente descrito en *El desierto*, en alusión al período de dictadura y sus consecuencias, cabe recordar las palabras de José Bengoa (1994) con respecto a la realidad chilena, donde transcribe perfectamente la reacción social ante la evidencia del homicidio de centenares de detenidos, al esbozarla como un terror a nosotros mismos, a las fuerzas desatadas de la sociedad y a la barbarie provocada por la irracionalidad. En este punto, para Bengoa, en el período de la transición chilena, la sociedad "no debatió 'las razones de la barbarie', prefirió callar, observar, reaccionar pasivamente" (1994, p. 55)

En este sentido, como el sacrificio del militar en el mundo ficticio de *El desierto* ocurre en el período de transición, resulta oportuno, a la luz de las palabras de José Bengoa, comprender el silencio de un pueblo, que optó por olvidar los horrores de la dictadura. No obstante, este enmudecimiento que inunda a Pampa Hundida, remite también a una masa culpable por desear olvidar, borrar, callar, para así danzar en la vertiginosidad de la modernización y el progreso: "*hemos aprendido que el que no baila con la música de su época se queda al margen de la fiesta. Hemos aprendido a olvidar para poder bailar*" (Franz, p. 165). El sentir que moviliza a Pampa Hundida ficcionaliza en torno al contexto social chileno en la transición, donde pese al autoritarismo y violaciones a los derechos humanos por parte de los militares, el incremento económico impulsado por la dictadura fue uno de los grandes factores destacados por los civiles. Frente a la realidad chilena, José



Bengoa (1994) establece: “es esta doble cara de la dictadura militar lo que ha permitido en Chile disociar el proceso de reconciliación con el de justicia, o dicho de otro modo, permitir que exista una reconciliación en la sociedad chilena, habiendo una flagrante situación de impunidad” (p. 54).

Refiriendo a la realidad jurídica en el gobierno de Aylwin, si se concede que la privatización de los juicios a victimarios de los derechos humanos es producto de una desvinculación del Estado chileno para promover la reconciliación y no provocar la nefasta reacción de la fuerzas armadas ante una justicia pública, es evidente que estos procesos se regirán por una justicia ordinaria, cuya duración y veredicto, dependerá de la efectividad de los jueces. De esta forma, probablemente estos juicios concluirán en la impunidad por falta de pruebas contundentes, influencia política de altos mandos o, simplemente, por corrupción. El correlato ficticio para esta intención de apaciguar una posible sublevación armada se presenta en *El desierto* mediante la caracterización de la ‘justicia’ como un poder que se ha transformado en una farsa, perversión y diversión, verbalizado de otro modo, en un carnaval.

El carnaval, según Bajtín (1971), corresponde al contexto en que se producen espacios privilegiados, para decir, sentir y vivir lo prohibido. De esta forma, constituye un “forma de espectáculo sincrético de carácter ritual” (Bajtín, p. 311), que se desarrolla sin estrado y que carece de una polarización o jerarquía de los participantes; no hay tampoco una división de espectadores y actores y el mundo, es decir, las normas usuales se encuentran suspendidas: “es una especie de vida al revés” (p. 312). Como las jerarquías no funcionan “tenemos acciones colectivas de masas acompañadas de un discurso libre y sin tabúes, donde se establecen nuevas relaciones basadas en experiencias de orden sexual, sensual y emocional en las que el límite entre realidad y juego se permeabiliza, por lo que no existe una identidad entre el comportamiento físico y retórico de los participantes y su estatus en la realidad” (Bajtín, citado en Toro, p. 137). En este sentido todo aquello que antes del carnaval se encontraba separado o tabuizado tiene ahora acceso en el espectáculo sin estrado: “el carnaval aproxima, reúne, casa, amalgama lo sagrado y lo profano, lo alto y lo bajo, lo sublime y lo insignificante, la sabiduría y la tontería” (Bajtín, p. 313). Finalmente, “el carnaval es el lugar de la profanación y de la infamia, de la humillación y

de lo prosaico, de discursos y gestos obscenos, de la parodia y de lo sagrado, de la flagelación y del respeto, y de las máscaras” (Toro, p. 137).

En el caso de *El desierto*, por inversión, en el caos del carnaval de la última fiesta religiosa presenciada por Laura y su hija antes de dejar atrás este pueblo, una multitud efectúa “el juicio final” no factible por la justicia ordinaria, que minutos antes Laura con una arma de fuego no pudo realizar por “el pacto” que la une a su victimario. Distante de una jerarquización, un colectivo enmascarado integra en su danza a un torturador corroído y perturbado por la imagen de Laura, su jueza y Patrona, sólo que tras su paso por el ex campo militar, no queda rastro ni huella de este individuo, pues “*durante toda la fiesta los peregrinos viejos, los penitentes más antiguos, los diablos caporales, buscaban al diablo para ayudarlo a hacer su sacrificio. Pues sólo cuando sacrificaran al diablo verdadero, los demás podrían estar seguros de que eran inocentes*” (Franz, p. 167).

Conviene delimitar que en el final de la novela se percibe la incertidumbre del pueblo con respecto a la desaparición de Cáceres, existiendo distintas versiones: una de ellas, sostenida por el médico, establece que el militar ha muerto “*atropellado y medio devorado por animales*” (Franz, p. 467). Otra reniega de la primera, estipulando que éste “*no murió, no fue desmembrado y engullido*” (Franz, p. 468), sino que entre los diablos danzantes se habría confundido y habría salido de la ciudad.

Desde mi perspectiva, avalo la primera consideración, es decir, que Mariano Cáceres murió en el caos de las danzas paganas y sacras de los peregrinos, sustentando mi opinión en la trama narrativa que presenta a un comandante ya en retiro, recorriendo en una casa rodante los distintos lugares del país en que desarrolló su vida militar. Su último destino ha sido Pampa Hundida, con la pretensión de esperar la llegada de Laura, y en consecuencia, su juicio final: “*¿es mi juicio final, patroncita?*” (Franz, p. 447).

A través del lexema ‘carnaval’, escenario de tal sacrificio en la novela, se pueden establecer dos argumentos para apoyar la muerte de este individuo en manos de una comunidad. En primer lugar, el carnaval es el dominio imperante de Dionisio, el dios nacido dos veces, el cual, según el mito órfico, fue descuartizado por los titanes: “Los

titanes lo atrajeron a uno de sus convites y allí lo mataron, lo trocearon, e hirvieron”<sup>22</sup>. En este punto, el sacrificio de Cáceres se transforma en correlato del mito en torno al dios del desenfreno. Un segundo antecedente corresponde a la reminiscencia etimológica del lexema ‘carnaval’. Joan Corominas (1987) establece que proviene del antiguo ‘carnelevare’, es decir, compuesto por carne y quitar (levare), lo cual es susceptible de ser comprendido como ayuno, pero también en el sentido de descuerar, despedazar y extraer la carne de un individuo o animal.

No obstante, existe un tercer argumento, fundamental para el presente, el cual remite al vínculo existente entre comunidad y sacrificio, donde la necesidad de reinstaurar un lazo perdido en un conglomerado se relaciona al caos, a la violencia sacrificial y a la embriaguez dionisiaca del carnaval: *“es la máscara de individuo la que hay que arrancarse si se quiere ser comunidad, arrancársela en homenaje y recuerdo de las fiestas más antiguas donde eso se sabía: el auto sacramental del Medioevo, el sacrificio humano, el éxtasis dionisiaco que requería en última instancia desmembrarse, descuartizarse y repartirse, para integrarse con la muchedumbre”* (Franz, p. 339).

Evidentemente, se aprecia en la ejecución de este rito la confluencia de la voluntad de un pueblo que pretende desviar, tal como expone Girard, una violencia mayor, capaz de descontrolar sus vidas. Particularmente, la amenaza inminente de una querrela colectiva a quienes resulten responsables de profanación, lo cual como se ha señalado anteriormente, no sólo implica el desmoronamiento de una proliferación económica, sino también el desdibujamiento de la ciudad en el mapa de los peregrinos o turistas y el desgaste de las señales que guían el ingreso al pueblo, esto es, el hundimiento de la ciudad en el desierto. El temor de la ciudad es palpable en las palabras de su innato representante, quien interpela a Laura:

*“Condene a ese loco destartado y extemporáneo que vive para mantener la memoria de unas ruinas (ruinas que todos preferiríamos desaparecidas, reemplazadas por el complejo de nuestro futuro esplendor). Él mismo le buscaría otros motivos más plausible que esa profanación, si le faltaban. Con un poquito de colaboración de él, y de todos (...) no habría amnistía que se resistiera a tamaña unidad”* (Franz, p. 168)

---

<sup>22</sup> García, Carlos. 2003. Diccionario de mitos. España: Siglo Veintiuno de España Editores.

Arturo Fontaine Talavera, en su estudio *“El Desierto de Carlos Franz”* (2005), considera que una de las hebras que se tejen en esta compleja novela se imbrica con las exigencias de la justicia, dependientes a su vez de las necesidades de una ciudad ‘que teme que su rigor la destruya’. Concretamente, Arturo Fontaine considera que la alternativa frente al ‘juicio a la ciudad’ buscada por el caporal mayor de la diablada, ex alcalde en dictadura, “es el sacrificio de uno, del Comandante Cáceres, que asumiría las culpas colectivas. La justicia del dios Apolo, quizás dependa y sea posible a partir de un sustrato anterior, sacrificial y dionisiaco” (p. 349).

En *El desierto*, Mamani, la voz de la ciudad, señala que para transformarse en el mayor complejo de adoración del país, con el anhelo de alcanzar un progreso económico exuberante, se debe desalojar al militar del lugar en que dicha construcción se llevará a cabo, nada menos que en el ex campo de exterminio en tiempos de dictadura. Para el representante innato de Pampa Hundida “*con esta querrela colectiva, ‘contra todos quienes resulten responsables’, todos nosotros, los culpables y los inocentes, pasaríamos al banquillo. Hasta las víctimas podrían terminar siendo culpables (...) No vemos objeción en que se juzgue y condene a Cáceres (...) es más debiera habersele condenado hace mucho. Entre otras cosas para sacarlo del campamento que se ha apropiado como si fuera suyo. Para que le deje paso libre al progreso*” (Franz, p. 166).

Las palabras de Mamani, remiten, extraficcionalmente, al suceso ya clarificado en el capítulo anterior, donde Aylwin solicita perdón a las familias de los detenidos desaparecidos en nombre del gobierno, es decir, generalizando una culpa que no compete a la totalidad del país, pues un gran porcentaje también fue víctima, directa o indirectamente, de la crueldad del régimen. Además una ‘culpabilidad generalizada’ implica una ‘inocencia colectiva’, a razón de la cual, los verdaderos militares causantes de irrecusables dolores, maltratos y muertes, no serán ajusticiados por el afán de reconciliación, unificación nacional y aún por el temor latente en la transición chilena, a la reivindicación de las Fuerzas Armadas.

Definitivamente, en *El desierto*, tal como fue ejecutado el rito del sacrificio, la eliminación de las diferencias a través de las máscaras de los diablos danzantes en el carnaval, que impide individualizar al causante de esa muerte, la comunidad se une contra

el ser que se considera culpable de todas sus desgracias, en este caso el comandante, quien no siendo inocente de las atrocidades en dictadura, sí lo es de los embustes y engaños a los peregrinos en torno a la falsa imagen. En este punto, cabe agregar que Cáceres cumple con la condición de chivo expiatorio de ‘ser solitario’ en la ciudad, pues así el colectivo asegura la finitud de la violencia de su acto, es decir, que no conllevará represalias.

Finalmente, el sacrificio realizado por tal colectividad obtiene su recompensa, al unificarse a partir del secreto de esa muerte. Es decir, se cumple la función integradora asignada por René Girard al sacrificio. Sin embargo, de acuerdo a mi perspectiva, inevitablemente, producto de la fuerza de su acto, la violencia refleja en el pueblo, hundiéndolo en el olvido, transformándolo en un pueblo fantasma en medio del desierto, en la réplica de una comunidad, aquella culpable de arrojar a Laura a los brazos de la tortura:

*“Pudo haber sido eso. Pudo haber sido que el secreto de lo que habíamos hecho, y no podíamos decir, encarnó - como encarna una norma en la piel tierna donde se la inscribe - liberándonos al fin de la “fascinación” oscura que el poder del coronel todavía ejercía sobre nosotros. O bien, puede ser que, esa noche, cuando la multitud salió en busca de un nuevo milagro y volvió con las manos teñidas por ese sacrificio antiguo, puede que todos y nadie hayamos intuido que ese secreto, que desde entonces teníamos en común, refrendaba la falsedad de la réplica (...) porque ya intuíamos que la única santidad posible era la de nuestra multitud, la muchedumbre de nuestros cuerpos dibujando la imagen verdadera de la Patrona”* (Franz, p. 465).

A través del análisis propuesto se ha hecho evidente la presencia de la violencia como fiel compañera de la humanidad. De esta forma, no cabe duda que ésta condiciona la existencia de los sujetos y, por ende, las relaciones sociales que permiten o anulan la conformación de una comunidad. En diálogo al marco teórico este apartado final ha abordado, a partir de tres personajes en *El desierto*, la destrucción de los vínculos de un colectivo en un período donde se desmantela el orden tradicional: la dictadura, pero también, la nueva forma de integración social factible mediante el rito del sacrificio. Definitivamente, las temporalidades de dictadura y transición chilena, en las cuales se ejecutan los sacrificios, aludirán a un sentir extendido en las páginas de la novela de Carlos Franz: el cuestionamiento y reflexión en torno al dilema actual de las sociedades mercantilizadas, entre memoria y olvido.

## CONCLUSIONES

En el desarrollo del presente trabajo se ha hecho evidente, en las páginas de *El desierto*, la presencia de una desilusión y un desengaño ante la imposibilidad de juzgar a los culpables, pero también de una tristeza frente a una sociedad consumista que ha decidido olvidar en beneficio propio.

En este ámbito, en *El desierto* se ha expuesto la crisis de la comunidad y del individuo a raíz de la irrupción de la dictadura, materializado en el truncamiento de ideales e ilusiones, pero también en el miedo, la cobardía e hipocresía, que conlleva residir contiguo a un campo militar. Por lo tanto, frente a la lógica sustitutiva-metafórica imperante en los tiempos actuales, donde se margina o anula la memoria, la literatura postdictatorial, en la cual se inscribe Franz, se hará cargo de la necesidad de elaborar el pasado a partir de las ruinas, esto es, a partir del dolor de esas muertes, del recuerdo del golpe o violación sufridos en la tortura, con la intención de definir la posición de la literatura en tiempos del neoliberalismo económico, donde cada rincón de la vida ha sido mercantilizado. Así, la novela analizada, en el presente trabajo, se inserta en la línea de un proyecto narrativo que no desea enterrar en el olvido los horrores del pasado, sino por el contrario, distante a una lógica sustitutiva, elaborará su creación argumentando a favor de los recuerdos: “*despertar los monstruos dormidos de la memoria*” (Franz, 2005, p. 13).

El mensaje contenido en *El desierto* alude claramente a lo ilusorio que resulta, tanto para el Estado como a los individuos, engañarse con el silencio sepulcral, pues las cicatrices, las huellas de la violencia, el peso de los recuerdos serán en algún momento revitalizados. Tal como en el caso de Laura, quien tras veinte años de olvido debe abandonar el paraje del enmudecimiento y realizar un viaje interior y físico al lugar en que fue torturada, para responder a las interrogantes de su hija. En este ámbito, conviene recordar las palabras que dan inicio a este trabajo, las cuales aluden a la necesidad de realizar una diferenciación entre el desconocimiento del pasado y el no otorgar importancia al tiempo pretérito, ya que en el primer suceso el olvido es ignorancia y, en el segundo, injusticia.

Este planteamiento ha sido fundamental en el transcurso de estas páginas, en cuanto delimita el peligroso deslinde entre ambos conceptos; distinción subvertida y transgredida en la novela, a través de la voz del sacerdote de la ciudad, quien señala a la protagonista: “*hay que perdonar el pasado que no podemos juzgar*” (Franz, 2005, p. 123).

La deuda histórica de la justicia chilena con respecto a los crímenes de ‘Lesada Humanidad’ en la dictadura ha sido una temática preponderante en esta exposición, focalizada desde el mundo ficticio de un pueblo colindante a un lugar de exterminio, cuyos habitantes, a través de la construcción en ese lugar del mayor complejo de adoración del país, desean sepultar eternamente los lamentos de los ejecutados y torturados, aún audibles para quien desee recordarlos.

Definitivamente, en *El desierto* se ha perfilado entre sus personajes al actor social del nuevo tiempo, aquel comprometido con el presente y su progreso, pero carente de memoria y coraje para enfrentarse a la historia. De esta forma, la novela escenifica una sociedad gobernada por intereses mutuos y por la amnesia del pasado, para no hacer peligrar un presente prometedor, lo cual remite, extraficcionalmente, al propósito de la transición chilena de relegar a la justicia ordinaria los casos de violación a los derechos humanos, evitando el juicio público a los militares, y en consecuencia, un levantamiento de las Fuerzas Armadas que terminaría con la reconciliación incipiente en esos días.

En el desarrollo de este trabajo se ha acentuado la presencia innegable de la violencia en *El desierto*, mediante las ejecuciones, vejaciones sexuales e injusticias por parte del representante del régimen en la ciudad, pero también en la repercusión que tiene en las relaciones sociales de una comunidad, transformándolas y reconstruyéndolas en algunos casos. Particularmente, los efectos de ésta en los lazos cohesivos se plasma en el síndrome de Estocolmo, el enmudecimiento de los atormentados, y fundamentalmente, en la necesidad del sacrificio de un inocente como forma de expiación de un grupo mayor. Dentro de ese cuadro de violencia, el ‘pacto’ entre Laura y Mariano se ha identificado como una transformación del vínculo entre ellos, pues en contraste a un odio frente al militar, la protagonista narra una intimidad nacida por la gratitud del cese de la violencia, a cambio de sexo. El silencio de la comunidad, su negativa a ‘hablar’ en tiempos de dictadura se relaciona a las secuelas del terror impuestas por el régimen, es decir, a la amenaza latente

de la violencia si se está en discrepancia con la brutalidad de las acciones militares. Aquellas que hacían despertar a los habitantes de Pampa Hundida con el sonido de un disparo, otorgándoles la certeza de que el alba era sinónimo de pérdida de vida.

De este modo, en el acontecer ficticio de *El desierto* posterior al gobierno militar, la afonía responde correlativamente al modelo económico impulsado por ese poder, ya que a favor de un beneficio propio, de permitirles seguir existiendo aunque fuese tres días en el año mediante las peregrinaciones en torno a ‘la Patrona’ y con ello, las ganancias aportadas para las arcas de la ciudad, prefieren hacer desaparecer las pruebas condenatorias e intentan asesinar al testigo existente de la única acción violenta comprobable del militar: incinerar un objeto de culto sagrado. No obstante, el propósito con el que surge la querrela consistente en hacer hablar a un pueblo atemorizado por la posible finitud de su prosperidad, no decanta en testimonios a favor de la causa judicial, sino que concluye con la salida del militar de la ciudad en tiempos de la transición chilena, donde la justicia ya había absuelto a Cáceres de tres querrelas anteriores.

Con respecto al sacrificio, me permito realzar la verosimilitud del objetivo planteado en los inicios de esta exposición al reconocer, tras el despliegue del análisis, la presencia de una trilogía de chivos expiatorios en la novela, semejantes en la violencia del acto, pero disímiles no sólo por los personajes sacrificados, sino también por cada uno de los colectivos unificados en torno a la figura de la víctima. Los tres sacrificios confluyen en el desentendimiento realizado por la comunidad, al depositar sus faltas y culpas sobre un individuo ajeno a ellas.

Concretamente para *El desierto*, en las páginas precedentes se desarrolló la existencia de dos sacrificios en dictadura, uno a nivel del país, identificable en la figura de Allende, y otro en la trama narrativa, correspondiente a la jueza de la ciudad. El suicidio o muerte incitada del primer presidente marxista en llegar al poder por vía democrática ha sido leído en este trabajo, en cuanto producto de una conjunción de pensamientos por parte de una sociedad, hasta entonces polarizada, en torno al deseo de derrocar el gobierno del presidente socialista. Por su parte, la jueza más joven del país es obligada por la comunidad a cargar con las responsabilidades de los altos cargos de Pampa Hundida: interceder para acallar las ejecuciones matutinas y recuperar la imagen sagrada ‘secuestrada’ por el militar



hasta el regreso de fugitivo. En el sacrificio de Laura, los ciudadanos atemorizados frente a la crueldad del régimen se reúnen en la designación de esta mujer como la única capaz de influir en la voluntad del militar, a razón de su condición distintiva: ser deseada y venerada por Cáceres.

El último sacrificio del escenario fictivo de *El desierto*, aúna las múltiples temáticas abordadas en el presente trabajo, pues se sitúa en la transición chilena, arrastrando en sí el afán de reconciliación mediatizado como olvido e impunidad a que fueron relegados los delitos militares, al desligarse su dictamen a la justicia ordinaria. En este sentido, *El desierto* alude a estos sucesos del período democrático al problematizar los rasgos de farsa que ha adquirido la justicia en este período. De esta forma, en el mundo narrativo mediante el caos y anulación de jerarquías del carnaval, la comunidad atemorizada frente a una ‘querrela colectiva’, en vez de denunciar verbalmente, se unifica en el anonimato de las máscaras para realizar una violencia primigenia de la civilización humana: el sacrificio, en este caso de un individuo, por la estabilidad de todos.

La lógica de la mercancía palpable con intensidad en los tiempos actuales, sumado a la condición de la violencia como compañera esencial del hombre, vaticinan la persistencia de este ritual en las próximas generaciones. Tal vez como en el caso de Laura, aunque la sociedad no lleve a cabo la muerte del individuo, continuarán congregándose en la identificación de ‘uno’ como el ser que cargará las culpas que los asedian. Dicho de otro modo, se mantendrá el método de desligar las faltas cometidas y además, se perpetuará la ausencia de un dictamen de conciencia que evite la búsqueda de un inocente como chivo, que expíe aquello que una colectividad no es capaz de aceptar como su responsabilidad.

Para concluir, aludo a los personajes de la novela: Laura, el militar en retiro y Allende como tres seres elegidos para integrar las listas de una tragedia eterna, donde el dolor y sufrimiento inscritos en sus vidas no cesará con el fin de ese acto. En el caso de la protagonista, la tortura formará parte de toda su vida, no sólo en el ámbito psicológico sino también físico, pues su hija es producto de esa violencia. No es azaroso que estos personajes trágicos correspondan a los tres sacrificados identificados en este trabajo, ya que etimológicamente ‘tragedia’ o ‘canto-drama heroico’ proviene del vocablo griego compuesto por ‘macho cabrío’ y ‘cantar’.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Avelar, Idelber. 2000. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Chile, Editorial Cuarto Propio.

Bajtín, Mijaíl. 1971. "Carnaval y literatura". *Revista de Cultura de Occidente*, N° 129, pp. 311-339

Bengoa José. 1994. *Reconciliación e impunidad: los derechos humanos en la transición democrática*. *Proposiciones*, N° 25, pp. 52-62.

Bengoa, José y Tironi, Eugenio. 1994. *Una mirada retrospectiva: entrevista a Don Patricio Aylwin Azócar*. *Proposiciones*, N° 25, pp. 12-19.

Bengoa, José. 1996. *La comunidad perdida*. Chile: Ediciones Sur.

Campos, Javier. 2002. *Literatura y globalización: la narrativa chilena en los tiempos del neoliberalismo maravilloso*. En: Kohut, Karl y Morales, José (eds.). *Literatura chilena actual: la difícil transición*. Madrid: Vervuert.

Cánovas, Rodrigo. 2002. *Nuevas voces de la novela chilena*. En: Kohut, Karl y Morales, José (eds.). *Literatura chilena actual: la difícil transición*. Madrid: Vervuert.

Castro, Ingrid. 2005 (20 de Marzo). "Carlos Franz habla de su galardonada novela El Desierto. El monstruo de la memoria". Chile: La Nación. En: <http://www.lettras.s5.com/cf220305.html>

Corominas, Joan y Pascual José. 1987. *Diccionario crítico y etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.

Correa. Raquel. 2003 (3 de agosto) "Entrevista con Raquel Correa". Chile: *El Mercurio*. <http://www.elmercurio.cl>

De Miguel, Bleny. 2007. "El desierto de Carlos Franz: Reconstrucción de la historia negada". [Documento en línea]. *Crítica.cl*. Revista digital de ensayo, crítica e historia del arte. En: [http://www.critica.cl/html/de\\_miguel\\_00.html](http://www.critica.cl/html/de_miguel_00.html)

De Toro, Alfonso. 2008. *La comedia de la memoria- el infierno Francesco radiografías-escritura- cuerpo-catarsis en El desierto de Carlos Franz*. *Taller de Letras*, N° 43, pp. 131-151.

Del Río, Ana. 2002. Literatura chilena: generación de los ochenta. Detonantes y rasgos generacionales. En: Kohut, Karl y Morales, José (eds.). *Literatura chilena actual: la difícil transición*. Madrid: Vervuert.

Fontaine, Arturo. 2005. *El desierto de Carlos Franz*. [Documento en línea]. Estudios Públicos, N° 98, pp. 345-349. En: [http://www.cepchile.cl/dms/lang\\_1/doc\\_3563.html](http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_3563.html)

Franz, Carlos. 2004. “La memoria de la tortura”. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12826849777066084198624/p000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12826849777066084198624/p000001.htm#I_0)

Franz, Carlos. 2005. *El desierto*. Argentina: Editorial Sudamericana

Franz, Carlos. 2005 (5 de Agosto). “El fin de la transición chilena”. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12035078817830495098213/p000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p243/12035078817830495098213/p000001.htm#I_0)

Franz, Carlos. 2008. “Allende y Pinochet, el escombros de las estatuas. [Documento en línea]. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En: [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/sirveObras/p243/01159185219037350788813/p000001.htm#I\\_0](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/sirveObras/p243/01159185219037350788813/p000001.htm#I_0)

García, Camilo. 2005. *Reflexiones sobre la violencia*, Bogotá: Ecoe ediciones Ltda.

García, Carlos. 2003. *Diccionario de mitos*. España: Siglo Veintiuno de España Editores.

Girard, René. 1986. *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.

Girard, René. 1995. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.

Kohut, Karl. 2002. Generaciones y semblanzas en la literatura chilena actual. En: Kohut, Karl y Morales, José (eds.). *Literatura chilena actual: la difícil transición*, Madrid: Vervuert.

Lechner, Norbert. 2002. “Nuestros miedos”. En: *Las sombras del mañana*. Santiago: LOM ediciones.

López, Santiago. 2007. “Reivindicación del odio libre para una época global”. En: Manuel Cruz (coord.), *Odio, violencia, emancipación*, Barcelona: Gedisa editorial.

Moulian, Tomás. 2002. *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Santiago: LOM Ediciones.

Pacheco, María. 2008. “El fenómeno de la violencia y sus disfraces”. En: *Representación estética de la Hiperviolencia*, México: Miguel Ángel P.

Rilke, Stefan. 2002. Transición y cultura política en el Chile de los noventa. ¿Cómo vivir con el pasado sin convertirse en estatua de sal? En: *Literatura chilena actual: la difícil transición*, Madrid: Vervuert.

Viñar, Marcelo y Ulriksen, Maren. 1994. “El tiempo del terror: efectos de la fractura en la memoria y los ideales.” En: Moisés Lemlij (ed.) *Reflexiones sobre la violencia*, Lima: Biblioteca peruana del psicoanálisis.